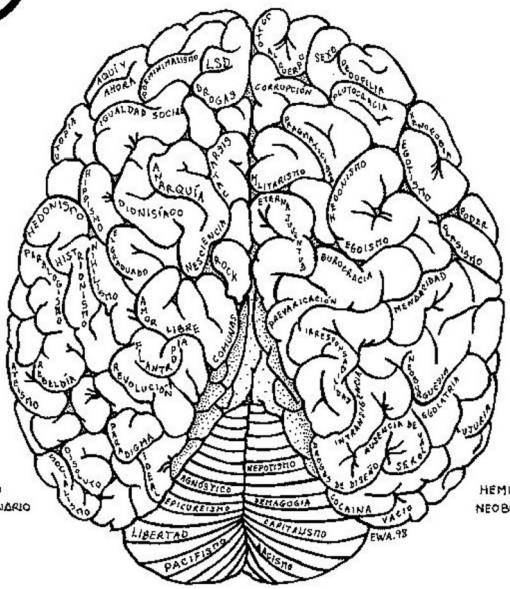
Mayo 98



1968
HEMISFERIO
REVOLUCIONARIO

1998
HEMISFERIO
NEOBURGUÉS

Fig. A. ESQUEMA CEREBRAL HIPOTÉTICO EN EL QUE SE MUESTRA LA COMPARACIÓN ENTRE DOS ESTADIOS DIFERENTES EN EL DESARROLLO MENTAL DE UN TÍPICO "HIJO DEL 68".

MAYO DEL NOVENTA Y OCHO

Redactores: JLM y JCJ. Nº8. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Treinta años del viejo sueño y ya hace veintinueve que nos despertamos pero, ¿qué ha cambiado?, ¿acaso hay alguna razón que nos indique que este sueño ya no lo necesitamos?, ¿está ya la imaginación instalada en el poder?, ¿de verdad ya no es razonable pedir lo imposible?

¿Qué les pasa a los hijos de mayo del 68? ¿Tenemos menos coraje que nuestros padres? ¿Pensamos que no serviría de nada?

Cuando los jóvenes de una sociedad calculan demasiado los riesgos para eliminar la injusticia, ¿qué harán cuando sean ellos la cabeza de lo establecido?, ¿a qué se arriesgará un hombre de 40 que no se atrevió a hacer a los 25? Todos os subestimáis, nos subestimamos, nos da miedo asustar a la vaca por si deja de dar leche aunque sea poca y esté agria.

Debemos avanzar. La revolución del 98 no debe ser un estallido de gritos revolucionarios detrás de la barricada, debe ser una elección individual. Yo elegí ser guerrillero esta tarde y de los miles de decisiones que uno toma al día hay una por lo menos que tiene la posibilidad de acercarse al Mayo francés, y esa no debéis dejarla escapar. La revolución no es conveniente, es imprescindible. Si no la agitas, la sociedad nunca se moverá. Así pues tu elección de hoy para acercarte a la primavera de las flores es seguir leyendo o tirar esta revista a la papelera de las grandes ideas... ¿Me has oído? ¿O estabas viendo la televisión?

PARA AMARTE CUATRO REGLAS

Quiero sumarte un te quiero,
sustraerte una mirada,
multiplicarte por ciento,
por no dividir mi alma.
Pero tú,

que acumulas mis defectos
y desintegras mis gracias,
derivando consecuencias
de gestos que no son nada,
me multiplicas por cero,
minimizas mi esperanza.

Juan Luis Monedero Rodrigo

REFLEXIONES:

CíNICA

Es inútil: dejemos de luchar. Todo acabó. Nada es mejorable en nuestro maravilloso Óptimo Paretiano. ¿Para qué seguir con la vieja cantinela? Por qué ese inútil afán que a nada conduce. ¿Mejorar para quien? O mejor aún, ¿mejorar para qué? No estamos mal, ¿no? Cada uno desde su trabajo, desde su lugar en esta idílica sociedad, desde el egoísmo individual, puede lograr el beneficio general. Si la "mano invisible" por sí sola puede resolver los problemas de la colectividad, ¿por qué habría yo de preocuparme por la colectividad en la que me encuentro, más aún, por la humanidad a la que pertenezco?

En la vida todo lo que deseo es poder seguir respirando, como hasta ahora...

Narciso Tuera

ODA AL TELEVISOR

¡Ay, qué vida esta!
Contigo nunca me siento sola.
Cuando te enciendo, la vida renace en esta silenciosa casa.
¡Oh, televisor!
Qué haría yo sin ti.
Las imágenes de tu pantalla,
los sonidos de tus altavoces,
me ponen en "comunicación" con el mundo.
Los bellos colores que emanan del cristal
alegran mi mente.
Voces angelicales llegan a mis oídos cuando te enciendo.

Imágenes creadas por otros.
La verde hierba del campo de fútbol.
El movimiento de los jugadores tras el balón.
El negro color del traje del árbitro.
Las maquilladas caras de los eficientes locutores.
Los lujosos vestidos de las presentadoras.
La ropa de marca de los locutores.
El plató del noticiario.
Qué haría yo sin ellos.
Las sensuales voces que fluyen por tus altavoces.
Sonidos.
Voces que me hablan, que se dirigen a mí.
Me haces participar en tus programas.
Noticias desagradables en los telediarios.
Malas noticias.
¡Qué haría yo sin ellas!
Discusiones bizantinas sobre quién es mejor: varón o mujer.
Discusiones sobre sectas.
Hacéis que me sienta viva.
Discusiones imposibles de resolver: ¿qué es mejor: una lavadora programable o una programable lavadora?
¡Oh, televisor, qué haría yo sin ti!
La vida se me desdibuja cuando te estropeas.
¡Qué haría yo sin todos esos chicos guapos!
¡Qué haría yo sin todos esos besos y achuchones!
Imágenes.
Uno simplemente aprieta un botón y surgen como de la nada.
La magia de la televisión.
¡Oh, vivan los rayos catódicos, el alma del televisor!
¡Vivan el plástico, el metal y el cristal que te dan forma!
¡Vivan el cable y la electricidad que te dan vida!
Te mereces el mejor sitio de la casa.
¡Oh, mi compañero, mi gran amigo!
Mi querido televisor.
¡Oh, cómo te adoro!

Carmen Montero

SU PLANTADORA

¡Qué hermosa lucía, perdón brillaba, Lucía! Toda blanca, velo blanco, cola blanca, pálida, sonriente, labios rojos. La boda. Su boda. De los dos. De ella y de él. De Lucía, lucía, y Cosme. Boda familiar, poca gente, escasa de invitados. La familia, familia de ella y de él. Lucía Lucía y a Cosme, pálido apagado, le llegaba su reflejo. Juntos en el altar, Lucía y Cosme, él y ella. El cura, negro y blanco, negra sotana, blanca casulla, traje de luces blanco y negro claroscuro. Poco lucía Cosme, feliz Cosme, el cura le pregunta "¿Quieres casarte con ella?", como con prisa, chico que es para hoy. Luce el rostro de Cosme "Sí, quiero", dice, resplandece felicidad en feo rostro. "¿Quieres casarte con él?", el cura acelerado, cita con el dentista media hora después de la boda. Chica que es para hoy, contesta de una vez que se me hincha el jodido -perdóname Padre- flemón. Lucía extraño brillo en el hermoso feliz rostro de Lucía. Mueca rictus sarcasmo en sonrisa llena de labios rojos y adivinados blancos dientes. Pausa, larga pausa, nervios en la sala, tensión creciente pausa. "No, no quiero", como un cacareo, mueca sardónica, carcajeo contenido. No me da la gana de casarme contigo pedazo de imbécil cómo llegaste a pensar por un momento que te iba a dar el sí so petardo. Cosme no reacciona, triste apagado, casi lo esperaba. Me vengaré, me vengaré, ha oído de los labios rojos llenos de Lucía. No no te quiero pedazo de patán. Culpa culpa inmensa de feo triste Cosme apesadumbrado. Cargo de conciencia, borroso pasado que no se puede borrar que ella no olvida ni olvidará. Cucaracha inmunda Cosme, me vengaré me vengaré. Público escaso familiar asombrado pero no tanto una vez más lo mismo. Cura indignado asombrado cabreado colérico por perder el tiempo cuando cita dentista espera media hora, no veinticinco minutos puto -perdóname Padre- flemón no deja de fastidiar y novia monta numerito ridículo delante de novio con cara de -perdóname Padre- gilipollas. Novia da media vuelta, estirada orgullosa se va caminando despacio con gracia y salero orgullosa. Público sale murmurando comentando la jugada que unos ya la saben otros no pero la sabrán porque murmuran murmuran risitas soterradas, carcajeo solapado que recuerda cacareo de la novia me vengaré me vengaré. Cura cabreado no pregunta novio, sotana-casulla

claroscuro de punta en blanco para la boda se va sin preguntar, cita con el dentista en veinte minutos no puede atender al novio imbécil -perdóname Padre- que pone cara de alucinado y ya no está allí sino pensando en otra cosa, en me vengaré me vengaré de Lucía. Adiós novia, adiós familia, adiós cura, sólo novio, pobre feo embobado Cosme. Embobado, alucinado, ido, recuerda. Recuerdos de otro tiempo otra boda otra iglesia misma novia. Increíble lucía Lucía, bella Lucía se casa con Cosme quién lo iba a decir. Cosme punta en blanco resplandece, mucho público familia y amigos lo observan desde los bancos de la iglesia subido en el altar escenario donde se representa la bonita obra "Cosme y Lucía se casan" quién lo iba a decir. Pronto pronto en la iglesia esperando a Lucía, cura ya está allí no es tan pronto. No llega Lucía nervios mira si no se presenta pero sí aquí llega resplandeciente blanco velo, blanca cola pálida y feliz sonríe a todo el mundo. "Hijos míos estamos aquí reunidos..." comienza el cura, éste no tiene flemón, no prisa por ir al dentista pero parece que sí la tiene a lo mejor trabaja a destajo y cobra por bodas. "¿Quieres a Lucía como tu esposa?", qué pesadez decir siempre lo mismo a tortolitos con cara de bobos memos. Cosme resplandece refleja la belleza de Lucía y se siente feliz pleno pero la mira y la ve bella distante demasiado para él, recuerda lo que le ha costado enamorarla, mira si al final todo sale mal que es para toda la vida y ojalá dure toda la vida con resplandeciente hermosa dulce alegre Lucía. Pausa, ¿por qué duda ahora este imbécil, por qué se para? Lucía lo mira de mala leche a Cosme cara de bobo la mira sin contestar comiéndosela con los ojos, contesta estúpido que es para hoy vaya un marido que me he buscado. "¿Quieres casarte con ella?", repite el cura qué le pasa a éste es que es epiléptico y ha sufrido un ataque parece que está catatónico o es subnormal -perdóname Padre- no debo pensar esas cosas vamos hijo que es para hoy y no sé cómo dudas con este pedazo de hembra -perdóname Padre- que tienes a tu lado y quiere casarse no sé por qué con lo imbécil que eres contigo. "¿Eh?", murmura Cosme medio ido vuelve a mirar a Lucía y sudor frío empieza a correrle por la frente. Qué le pasa a éste se ha quedado en blanco pues mira que el guión no es muy complicado. Sudor frío que esto macho es para toda la vida y quiero mucho a Lucía pero mira que si no sale bien que aún no me creo

que sea cierto que está aquí conmigo dispuesta a darme el sí que, por cierto, es lo que debía yo decir ahora y aún no lo he dicho. Lucía lo mira de peor leche todavía menos mal que lleva velo porque si no se vería que se está poniendo colorada de indignación, qué bochorno la está haciendo pasar ese mameluco si ya le decía su madre futura suegra del otro que aquel pelele no la merecía que mira tú si no se podía haber buscado a otro mejor como el hijo de la vecina que ya era ingeniero y tenía puesto fijo en la Administración pero no erre que erre que yo estoy enamorada de mi Cosme y se acabó. Público nervioso rumorea qué leche pasa por aquí parece que al novio le ha dado un vahído que está agilipollado. Cosme sudor frío va a decir que sí y no le sale la voz qué nervios tengo y qué buena está Lucía y mira qué emoción y qué nervios que no me sale la voz y esto es para toda la vida. Y Lucía mala leche iracunda que va a saltar de un momento a otro vamos tonto el haba di sí de una vez mira qué ridículo espantoso estamos haciendo y tú eras el que no podías vivir sin mí. Cosme lo intenta de nuevo, sudor frío medio congestionado cómo aprieta el nudo de la corbata, le sale un gallito y no se sabe si ha dicho sí o no porque ha sonado a graznido y croar de ranas "ñññññrrrrroooaaaccccc". Lucía no aguanta más coge un ramo de flores y se lo estampa a Cosme patético en la cabeza se alza la cola del vestido dice "Pues ahora soy yo la que no se quiere casar contigo" se da la vuelta y echa a caminar con largas zancadas sin música de marcha nupcial ni arroz ni fotos y se va de la iglesia y se oyen murmullos y voces y gritos en la iglesia y risas y el cura se pone serio y se le hinchan los mofletes y se echa a reír sin poderse contener vaya papelón que has hecho hijo mío -perdóname Padre- y la gente se echa a reír y Cosme se hace chiquito chiquito y se pone colorado colorado y luego pálido pálido y no se lo traga la tierra y su novia, hermosa lucía Lucía, lo ha plantado y tenía razón para ello. No boda no banquete devolver regalos anular viaje volver a casa escuchar bronca de la familia escuchar bronca de Cosme cabreado indignado valiente a buenas horas a Cosme apocado atemorizado panoli dudó e hizo gallito en mitad de la ceremonia y novia se fue. Recuerda. Fue la primera vez y Lucía no lo perdonó cuando fue a disculparse no sé qué me ha pasado qué me ha dado te quiero con locura ya lo sabes. Me vengaré me

vengaré oye de los labios rojos llenos de dientes e ira de Lucía. Cosme suplica se arrastra cuánto te quiero perdóname perdóname perdóname y Lucía, qué hermosa lucía Lucía, se lo piensa bueno volveremos a salir ya veremos si al final acepto tienes que volver a conquistarme. Otra vez novios cariñito cuánto te quiero Lucía, estoy a tus pies haré siempre todo lo que tú digas como tú digas cuando tú digas soy tu pelele pero perdóname que no puedo vivir sin ti. Tiempo, más tiempo novios. "¿Te quieres casar conmigo?" dice Cosme, "bueno" Lucía con cara candorosa ya le ha perdonado y todo no sabes cuánto te quiero. Cuánto nos queremos y nueva boda. Menos invitados que esto ya es un cachondeo después de lo de la otra vez pero esto va a ser diferente y claro que es diferente que ahora el público tiene más curiosidad y el cura es otro que parece que va a cámara lenta éste no tiene flemón ni prisas pero no acaba nunca que parece que ni tan siquiera empieza. "¿Quieres casarte con ella?" con vocecita de buena persona con voz de esas atildadas y melifluas de cura de pro qué bonito el santo sacramento del santo matrimonio. "Sí, claro que quiero" dice Cosme resplandeciente feliz apesadumbrado por la demora mirando a Lucía qué hermosa está ya nada nos podrá separar ya nunca. "¿Quieres casarte con él?", dice el cura de película que sólo le faltan los angelitos mírale que rostro sonrosadito de querubín buenecito y Lucía contesta, rictus desagradable mueca desagradable caída de ojos desagradable, "No, no me da la gana" qué te parece bobo te creías que ya te lo había perdonado pues no ahora me las vas a pagar todas juntas me vengaré me vengaré me las vas a pagar el ridículo espantoso el numerito la vergüenza qué dirán qué estarán diciendo que mi novio no se decide a casarse conmigo pues ahora yo te planto. Triste apesadumbrado alucinado Cosme del recuerdo. Otra vez a suplicar ya es una obsesión no puede vivir sin ella y debe subsanar aquel estúpido bobo error duda de la primera vez qué bien nos podía haber ido todo. Perdóname perdóname casémonos de una vez perdóname creía que ya me habías perdonado pero no. Claro que no pues tenía que darte un poco más de tu propia medicina y no veas lo a gusto que me he quedado cómo puedo saber que ya nunca me fallarás después de la primera vez ridículo ridículo espantoso. Te quiero te quiero te quiero dice Cosme obcecado ahora debo casarme

con ella como sea cuando sea como quieras cuando quieras si quieres. Bueno pues ahora ya quiero y Lucía acepta con hermosa sonrisa sin dientes ni ira y esa es la tercera vez la de ahora de cura con flemón y Lucía, tan hermosa lucía Lucía blanco velo cola blanca pálida hermosura, le dice no, se ríe se burla de él, no te perdono no te perdono no te perdono me vengaré me vengaré me vengaré una y mil veces me vengaré. Cosme recuerda. Cosme solo en la iglesia no cura no gente no Lucía. Desesperado Cosme sabe que volverá a intentarlo volverá a suplicar arrastrarse haré lo qué tú quieras Lucía cuándo me perdonarás recházame cuanto quieras pero dame el sí prométeme el sí en el futuro no vamos a estar así todo el tiempo toda la vida o sí si es necesario nunca renunciaré a ti. Cosme, triste apesadumbrado alucinado obcecado Cosme, sale de la iglesia y va a casa de Lucía ella ya está allí su familia no que se habrán ido de copas a comentar la jugada. Perdóname perdóname perdóname. Bueno esta vez sí ¿me crees? claro que sí ya me he vengado definitivamente ya no te odio ya te perdono. Cásate conmigo cásate ahora cásate de veras no me hagas esto sabes que te quiero. Me quieres y te perdono pero no todavía no, le dice Lucía sonrisa bondadosa hermosa lucía brillaba hermosa Lucía, su plantadora ya no plantadora novia cariñosa suplantada tras la jugada por Lucía vengativa. No todavía no primero tenemos que seguir siendo novios demuéstrame cuánto me quieres. Claro que te quiero cómo te quiero cuánto te quiero si quieres que te quiera. Otra vez a salir otra vez a suplicar a tus pies Lucía a tus pies lo que tu quieras patético Cosme pensando en la próxima boda o en la siguiente y la de más allá hasta que ella lo perdone y lo ame y diga sí quiero, boda, tolón tolón campanas, terminada por fin cuando tú quieras como tú quieras si tú quieres Lucía, piensa el patético miserable dubitativo y ahora obcecado desesperado Cosme pero hermosa lucía siempre Lucía.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DOMINGO

Tienes los ojos semientornados
por el sueño
y te sientes un poco desarraigado

(es algo que tienes en la cabeza
de lo que no te puedes deshacer)
Siempre lo mismo: los ojos semientornados
y el desarraigo de los sentimientos.
¡Nada cambia! ¡Todo permanece!
Sólo cambia ese humo blanco
que son tus pensamientos,
ese mar de lavas
esa espiral caprichosa
ese tragaluz cegador
que te hace mostrarte tan frío,
tan distante y caprichoso
cuando crees odiar a todo el mundo.
Por eso vas por la vida sin ver:
te basta con sentir.

Narciso Tuera

POSIBLE CARTA QUE ESCRIBIRÍAN LOS HIJOS DE ALBERTO JIMÉNEZ Y ASCENSIÓN GARCÍA

El infierno está empedrado de buenas intenciones
(Chateaubriand)

Estultos asesinos:

a veces la sociedad se equivoca; a veces la gente se deja convencer por las grandes palabras. No es infrecuente que el dolor lo manipule quien no lo sufre. Pero nosotros, que hemos visto la vida de nuestros padres acabarse en un abrir y cerrar de ojos por el designio de una voluntad enferma y facinerosa, no podemos plegarnos a esos albures. A nosotros no podrá parecernos bien nunca en la vida que Euskadi sea un pueblo independiente, puesto que esa independencia se forja con la argamasa de la sangre, el engaño, la extorsión, el latrocinio, el secuestro y cien mil demonios más. No podremos consentir jamás en unas ideas que están respaldadas por la incompetencia activa (que no dialéctica) de los políticos, la impotencia de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, y por la

aquiescencia de un pueblo que no se decide a denunciar a sus vecinos. A nosotros no puede convencérsenos jamás de nada que huela a Euskadi porque Euskadi tiene un tumor que los propios vascos no se atreven a extirpar, es más, que consienten deliberadamente en que se extienda al resto de España. Blas Infante fue también independentista y no mató jamás a nadie. La idea del revolucionario que mata en nombre de palabras demasiado altas para sus entendederas está definitivamente periclitada, y los corifeos actuales que bailan como ménades enardecidas al calor de la sangre ajena merecerían un castigo ejemplar, pero en el sentido etimológico del término. Lo demás que se lo cuenten a los secuestrados y extorsionados, y sobre todo a los mutilados y huérfanos, ya que los muertos no pueden oírlos. Nosotros tampoco podremos ya oír a nuestros padres, ni disfrutar de las enseñanzas ni verlos envejecer en el mutuo cariño porque la patria vasca (la de los asesinos y la otra, la de los consentidores activos y pasivos) decidió un día asesinarlos por la espalda. Por eso y porque todavía quedan palabras de repudio en nuestra lengua.

Maximiliano Mariblanca Consuegra

When we are going to a mecanic world, there are still people who bring us the magic. Are you one of them? Of course I wanna be that kind of magician. Please, call me:

The red pirate

INVOCACIÓN A LA LLUVIA
Lluvia
Beneficiosa agua
Bien del cielo protector
Favorecedora de vida
Purificadora de cuerpos
Casi eterna
Yo te invoco
Tu manto sereno sobre mí
Floreciendo las plantas

Creciendo los frutos
Colmando de tu esencia los embalses y aljibes
Reviviendo los ríos y arroyos
Yo te invoco, fresca lluvia
Para que derrames tus dones sobre nosotros
Carmen Montero

PARA QUÉ SIRVE LO QUE SIRVE

No deja de ser un fastidio escuchar siempre la misma monserga a pesar de que uno ya debería de estar acostumbrado a la cantinela. Aunque suena a pregunta infantil, siempre aparece el típico descreído que, ante cualquier tema que no comprende o le fastidia, suelta el inevitable argumento: "Y esto, ¿para qué sirve?"

Estoy convencido de que estos individuos son siempre lo bastante cortos de miras como para no darse cuenta de lo estúpido de su pregunta. Si uno quiere pasar por incrédulo o escéptico puede plantear dudas mucho más trascendentes y consistentes acerca de la existencia propia y ajena que aquéllas sobre la posible utilidad de cualquier ser, conocimiento o teoría.

Si la gente fuera medianamente racional y también -por qué no, puesto que lo uno no siempre es incompatible con lo otro- medianamente pasional, aquella pregunta pasaría por ridícula. Pero estamos acostumbrados a oírla y a tenerla que rebatir.

Siempre surge el supuesto descreído con su pregunta del millón: "Y la poesía, ¿para qué sirve?", "Y los animales, ¿para qué sirven?", "Y la ecología, ¿para qué sirve?". Pero, ¡pedazo de mendrugo, ¿por qué habrían de servir para algo? Son bellos y, si no te lo parecen, al menos reconoce que tienen tanto derecho a existir como tú. Al menos, sé sincero y plantea la pregunta que tienes en la cabeza, imbécil egocéntrico. Di: "Y eso, ¿para qué me sirve?" y déjate de hipocresías.

No basta la belleza. Ni que otros aprecien su valor. Ni siquiera su durabilidad a lo largo del tiempo o a través de las generaciones para justificar algo ante la época actual. "¿Sirve o no?" Es la única pregunta de interés.

Parece fácil responder a la dichosa cuestión. Si sirve a los intereses del Hombre o de algún hombre en concreto, es útil. Si no, ¿qué necesidad hay de conservarlo o apreciarlo? El hombre actual tiene tantos asuntos importantísimos que atender que carece de sentido desviar la atención para apreciar todo aquello contingente como la sabiduría, la bondad o la belleza.

Es lamentable que sea así y parece necesario asumir la triste realidad. Si los animales o las plantas no son útiles para nada, hay que buscar excusas validas ante la sociedad para su conservación. A lo mejor esa planta proporciona un medicamento. A lo mejor contiene genes de interés. Quizá su concurso es imprescindible para evitar el efecto invernadero o el agujero en la capa de ozono. ¡Pamplinas! Y quizá la poesía o la pintura no tengan sitio en nuestro días y tengamos que hablar de la Cultura como un bien patrimonial que, de un modo u otro, algún día nos rendirá pingües beneficios -turismo atraído por el arte, museos-. ¡Qué patético! Suerte que siempre hay algún tipo forrado de millones que, ya que no sabe en qué gastarlos, los dedica a alguna obra filantrópica de conservación. A veces por convencimiento de que lo exclusivamente material no da la auténtica felicidad; otras veces por esnobismo, por ahorrar impuestos o como forma de invertir el dinero -dando un valor material a lo que no se puede tasar.

Pero he dicho que un escéptico podía llevar sus porqués mucho más lejos. Pongamos un tipo, supuestamente capacitado e inteligente, que nos viene cambiando la pregunta del niño chico "Y a mí, ¿para qué me sirven las matemáticas si yo quiero ser futbolista?" por la suya, mucho más racional, de "Y esto, ¿qué utilidad tiene?". Esta pregunta traducida al mundo real sería: "¿Cuál es su valor económico?". Siempre pensando en pesetas -o en euros, que es lo que ahora toca-, en valor material. Pues nada más fácil para rebatirle que el argumento del escéptico: "Ninguna, pero, ¿cuál es la utilidad del dinero?". Respuesta. "Fácil, adquirir cosas". Pregunta: "¿La utilidad de las cosas?". Respuesta: "Ayudar al hombre". Encogimiento de hombros y pregunta trascendental: "¿La utilidad del hombre?". Es decir: ¿Para qué sirves tú con tu dinero y tus leyes, pedazo de mendrugo? Si tarde o temprano tú y tus descendientes vais a desaparecer y nada de vuestros argumentos y utilidades quedará. ¿Para qué sirve que comas

si la materia se degrada y tú vas a morir? ¿Para qué sirve cualquier cosa que hagas, burro antropocéntrico que ni siquiera te das cuenta de que el único argumento egocéntrico válido es el de la búsqueda de la felicidad? Evidentemente, el tipo en cuestión no se dará por aludido ni comprenderá nuestra argumentación. Seguirá pensando en sus utilidades y dineros. Pero está claro que destrozar el mundo y borrar de él aquello que, por no ser material -como el amor, la bondad, la amistad, la poesía, el arte, la literatura, el saber por satisfacer la curiosidad, el respeto por todo lo bello, el orden natural- más nos acerca a la verdadera felicidad, no tendrá, a la postre, ninguna utilidad para nadie, y, puesto que, tarde o temprano, quizá todo desaparezca -incluido todo lo material- tal vez sería más inteligente -no sé si más útil- procurar que las generaciones venideras hereden un mundo mejor que el nuestro, un mundo donde sea más fácil buscar la felicidad y donde cada cual intente aportar nuevas formas de belleza que lo enriquezcan, porque quizá nada perdure, pero si algo merece conservarse no son nuestras diferentes formas de egoísmo.

Así que, cuando alguien me pregunta para qué sirve algo, siento deseos de contestar que, según su punto de vista, para nada, pero no lo digo porque sé que no me comprenderá, aunque para mí está claro que nada de lo realmente importante tiene un valor material que satisfaga las expectativas del interrogador. De modo que exhibo una sonrisa y respondo: "No, afortunadamente no sirve para nada".

Juan Luis Monedero Rodrigo

¡ADIÓS, ROSA!

-Pero, Rosa, tú no puedes hacerme esto, no puedes dejarme así -dijo Antonio.

-Lo siento mucho, Antonio, pero ya no te quiero como antes -le contestó Rosa.

-Pero, Rosa, ¿qué te he hecho yo? Te he dado todo lo que has querido. Siempre pudiste contar conmigo. Nunca te he mentido y, que yo sepa, nunca te he fallado. ¿O sí? Es eso, ¿no? Te he fallado en algo, ¿verdad? ¿En qué, Rosa? -preguntó Antonio.

-No, Antonio, no seas ridículo. Tú eres un buenazo y lo serás siempre. Que yo sepa nunca me has fallado -dijo Rosa.

-¿Entonces, Rosa, por qué? -preguntó Antonio.

-Veras, algunas veces, un matrimonio se da cuenta de que ya no es lo que era. Las personas cambian y llega un momento en que la relación es insostenible.

-Rosa, yo reconozco que he cambiado algo, pero en el fondo soy el mismo de siempre. A lo largo de mi vida he aprendido cosas y olvidado otras, pero siempre he sido el mismo. Rosa, si no lo haces por mí, hazlo por los niños, que están sufriendo tus devaneos -dijo Antonio.

-No son devaneos, Antonio, yo quiero a Pedro -dijo Rosa.

-Yo creo que te cansarás pronto de él. Una mujer de tu edad puede sentirse mayor e intentar volver a revivir su juventud abandonando a su marido por un nuevo amante, pero sólo te quiere para sus caprichos -dijo Antonio.

-Pedro me quiere, Antonio. Eso no lo pongo en duda -dijo Rosa.

-No lo sé. Bueno, ya que estás decidida a marcharte con él, no te importará contarme cómo empezasteis a salir -dijo Antonio.

Rosa, algo turbada, contestó:

-Pues... Me sorprende que me preguntes eso, pero no tengo ningún inconveniente en contártelo. Nosotros empezamos a tomar café juntos en el trabajo, luego al salir del trabajo, después en su casa... -dijo Rosa.

-Y luego, ¿te acostaste con él? -preguntó Antonio.

Rosa enrojeció.

-Tengo que irme -dijo Rosa.

-No sin antes decirme desde cuando te acuestas con él -dijo Antonio.

-Desde hace 2 años, Antonio -dijo Rosa.

-Dos años que me has estado mintiendo y traicionando. Espero que no se te olvide nada porque no quiero volver a verte por aquí -dijo Antonio.

-Antonio, ¡que cruel eres! -dijo Rosa.

-No, si ahora el cruel soy yo -dijo Antonio-. Anda, vete de una vez.

-¡Antonio, a mí no me trates así! -protestó Rosa.

-Te trato como me da la gana, y ya te puedes ir -dijo Antonio.

-Está bien, Antonio. Ya me voy -dijo Rosa.

-Adiós y que te vaya como te mereces -dijo Antonio.

Rosa cerró de un portazo y bajó airada las escaleras. Antonio se sentó cómodamente en el sofá y se encendió un cigarro, exhaló el humo y vio la foto de Rosa sobre la mesita de cristal del comedor. Sacó la foto del marco y la rompió en cuatro pedazos. Sí, su relación con Rosa había terminado.

M. Carmen Montero

En mí vive la noche y en mí duerme la magia, esa dulce negrura llena de vida, esa sensación que no te dice nada y te lo cuenta todo. La incertidumbre, la distancia de una estrella, el no saber, el querer ver, pues en mí vive la noche y la noche vive en mí. No hay despertar, sólo soñar, sólo vivir, no saber, querer ver, correr, la sonrisa del infinito, de lo inalcanzable, de lo que pasará, pues en mí vive la noche y no lo puedo remediar. No sé vivir de día, sólo sé trabajar, despachar, empaquetar, no vivir, no soñar, esquivar la realidad, soportar mi intranquilidad. Decidme un día que no viva y ése será mi despertar, pues en mí vive la noche y no lo puedo evitar.

Juan Carlos Jiménez Moreno

REFLEXIONES:

SINCERA

Como si de una tarde de lluvia se tratara, he estado poniendo mis ideas a secar. No puedo sacar conclusiones, aún están demasiado mojadas. Quizás deban quedarse junto a la estufa otros diez años más. No tengo ninguna prisa pues no me dirijo a ningún sitio. Mi vida es un continuo viaje sin un destino concreto, un billete sencillo sin indicación de donde debo apearme. El traqueteo del tren antes me resultaba insoportable; acabé acostumbrándome a él, ¿qué remedio, verdad?

Una cosa sí sé; en mi viaje, en esta inacabable huida he decidido no ocultar nada que me pueda afectar. Antes guardaba silencio. Hoy pienso hablar con el maquinista. Quizás le cuente toda la verdad...

Narciso Tuera

LLEGÓ LA LLUVIA

Llegó la lluvia,
y las voces, y los gritos continúan.
Los tiempos caen en la calle y se rompen.
Llegó la lluvia.
Las pisadas y los empujones
y esa voz maldita...
Es humano el espacio y la ceniza
y pasa. No es eterno.
Llegó la lluvia.
Las ilusiones recorren las escaleras
y los deseos se cuelan en los albañales.
Es humano el golpe y la ceniza
y pasa. Se mueve.
Llegó la lluvia
y me pregunto hacia dónde me proyecto.
Al recogerme en la sombra, vivo,
y al vivir me despierto.
Es humano levantarse y seguir...,
seguir calado hasta los huesos.

Alfonso Ossorio Arreaza

PARA TODA LA VIDA

-Soy el hombre más feliz del mundo, Laura.

Ella no dijo nada; miraba con ojos alegres llenos de afecto a su recién estrenado marido.

Él la besó.

-Anda, ve a preparar el desayuno -le pidió cariñosamente a Laura.

Ella se quedó contrariada. Su querido marido acababa de echar por tierra el encanto de la situación. Ahí estaba Sergio, tumbado en la cama, exhalando el humo del cigarro hacia el techo, ignorando la turbada cara de su mujer. Pero a las mujeres hay que tratarlas así.

-Tengo hambre, Laura -apremió, algo irritado, Sergio.

Laura pestañeó y siguió mirando a Sergio, que empezaba a fruncir el ceño y a ponerse de mala hostia. Pero Laura no se movía, sólo le miraba contrariada e indecisa. ¿Qué podría ocurrir? ¿Iba a insultarla? ¿La pegaría si no le obedecía? No lo sabía. ¿La dejaría por otra mujer? ¿Debía levantarse a preparar el desayuno? ¿Y si no quería ir? ¿Dejaría, Sergio, de quererla sólo por eso? ¿Tenía Sergio derecho a ordenarle? Él nunca la había tratado así. ¿Creía tener derecho ahora, por ser su marido? ¿Debía obedecerle como hacía su madre con su padre? ¿Qué pasaría si no iba? ¿Él dejaría de quererla y la abandonaría? ¿La quería, entre otras cosas, para tener a alguien a quien ordenar? ¿Tenía ella derecho anegarse a obedecer a su marido?

Sergio se levantó bruscamente de la cama y se dirigió a la cocina a prepararse el desayuno. Ella se incorporó en la cama.

-¿Vas a prepararte el desayuno? -le preguntó a Sergio.

-Sí -respondió Sergio.

-En el frigorífico apenas hay nada -dijo Laura.

-Algo habrá -respondió Sergio.

Laura se tumbó de nuevo en la cama.

-¿Te preparo algo? -dijo Sergio, desde la cocina.

-¿Qué te estás haciendo? -preguntó Laura.

-Leche caliente, ¿quieres? -preguntó Sergio.

-Bueno -respondió Laura.

Se levantó de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Fue al mueble y sacó unos bollos.

-Traigo unos bollos para acompañar la leche -dijo Laura.

-¡Ah! Muy bien -dijo Sergio.

Se sentaron a desayunar y charlaron de sus cosas. No podían dejar de mirarse. Les esperaba una maravillosa luna de miel y, posiblemente, una larga y feliz vida juntos.

Mª Carmen Montero

FÁBRICA DE MILLONARIOS

Gilberto llevaba tan sólo un año trabajando en la fábrica. En aquella época apenas había gente sin trabajo. El nuevo tipo de fábricas permitía que se emplease un buen número de trabajadores, ya que los costes eran bastante bajos. El nuevo tipo de fábricas era prácticamente el único rentable por aquel tiempo, pues las fábricas tradicionales no podían competir en precios ni en recursos con las nuevas. En cualquier caso, eran muy pocas las personas que tenían dinero y el mercado, si bien era muy reducido, estaba formado por clientes bastante generosos.

Gilberto nunca antes hasta entonces había trabajado. Cuando buscó su primer empleo sólo pudo colocarse en "Aceros y forjados Laínez", una de las empresas más boyantes del momento gracias a su condición de proveedor estatal de material para obras públicas. Tenía un mercado seguro, muchos empleados y unos dueños, la familia Laínez, que acaparaban todos los beneficios.

En la época en que Gilberto entró en Laínez no era difícil encontrar un empleo. Lo complicado no era que ese trabajo estuviera bien pagado sino, simplemente, que tan sólo fuera remunerado. Para encontrar un trabajo que incluyera un verdadero sueldo había que estar altamente especializado o tener influencias y dinero y, desgraciadamente para él, Gilberto no cumplía ninguno de los dos requisitos. Así que, cuando buscó su empleo, fue a parar a una de las grandes empresas masificadas, sin sueldos, en las que la única posibilidad de salida eran los sorteos.

Antiguamente, en las fábricas las personas trabajaban siguiendo un horario y, a fin de mes, recibían un sueldo como pago por sus servicios. En la época de Gilberto, sin embargo, estas fábricas casi no existían y eran muy pocos los que trabajaban en una de ellas. Todo fue porque alguien tuvo la feliz idea de no pagar sueldos a sus empleados. En lugar de ello se le ocurrió destinar el conjunto de lo que debían ser los salarios, sensiblemente más bajos que los de otros tiempos, a formar un bote destinado a ser sorteado a fin de mes entre todos los trabajadores de la empresa. Aquél que ganaba el sorteo recibía la cuantiosa suma y muchas veces podía dejar de

trabajar o, al menos, tenía dinero suficiente como para vivir con cierta comodidad.

Al principio, en el nuevo tipo de empresas sólo trabajaban jugadores empedernidos o personas sin futuro, desheredados que nada tenían que perder. Pero como los beneficios de estas empresas eran mayores que los de las corrientes, fueron muchos los empresarios que transformaron sus factorías convirtiéndolas en modelos del nuevo tipo. La mayor parte de los antiguos empleados hubieron de quedarse en sus empresas para no verse en la calle acuciados por el hambre, ya que no habrían podido encontrar nuevos trabajos. Al menos, aunque la empresa no proporcionaba sueldos, sí que daba a los empleados y a sus familiares comida, alojamiento y ropa de trabajo, que por fuerza se veían obligados a llevar puesta todos los miembros de la familia.

En esta situación, casi nadie podía recibir una educación adecuada. Gilberto, sin ir más lejos, no la había tenido. Igual que era imposible permitirse ningún lujo. Las familias, con el tiempo, acabaron dependiendo casi por completo de su patrón. Los trabajadores vivían en barracones inmundos donde debían trabajar durante casi todo el día a cambio de lo poco que recibían para ellos y sus familias. Los hijos dejaban de ser alimentados en cuanto alcanzaban la mayoría de edad. Gilberto, cuando llegó ese momento, se dedicó a buscar un buen trabajo, pero como no encontró nada mejor tuvo que entrar a trabajar en "Aceros y forjados Laínez", que, cosa rara, no era la empresa en la que trabajaban sus padres y hermanos mayores. Casi se podía decir que Gilberto había tenido suerte. La empresa en la que había encontrado empleo era bastante estable gracias a las ventas seguras al propio Estado. Eso significaba que los sorteos eran regulares y cuantiosos en sus premios, y la comida, aunque no muy buena, estaba también asegurada. En otras empresas, dadas las fluctuaciones del mercado, del que sólo participaban las clases altas y algunas personas independientes, en el momento en que las ventas disminuían no eran los beneficios del patrón los que se recortaban, sino la calidad de los alimentos o la ropa de los empleados, o bien lo hacía la cantidad de dinero destinada al sorteo.

Entrar en una de estas empresas era casi inevitable y significaba un contrato no escrito para toda la vida. Salir de la empresa significaba, literalmente, morir de hambre. Todo empleado que se marchaba en busca de mejores condiciones laborales era puesto en una lista negra y, a partir de ese momento, ya no encontraba trabajo en ninguna empresa. Se veía obligado a vivir mendigando hasta que moría abandonado a su suerte.

Gilberto todavía no había cumplido veinte años y su vida era ya una vida desesperanzada. Gilberto Rovira, que era un joven alto y fuerte, de cabello castaño oscuro, con rostro atractivo y mente ágil, mostraba, sin embargo, una expresión que era de desánimo. Muchos años atrás los jóvenes de su edad estaban dispuestos a comerse el mundo. Pero en la época de Gilberto toda la vida era una rutina. Gilberto sabía que, de no ocurrir algo tan improbable como que le tocase el premio de un sorteo, su vida transcurriría de un modo determinado e inamovible. Casi con toda seguridad Gilberto se casaría con una mujer tal vez joven y bonita, pero tan infeliz como él. Tendrían unos hijos que nacerían ya sin futuro y probablemente viviría trabajando toda su vida en el mismo sitio, acompañado en su condena por su mujer y sus hijos, también obligados a hacer lo mismo por el resto de sus vidas.

Gilberto salió un día más desde el barracón en que vivía, uno de los muchos adosados a la inmensa factoría, de camino hasta su lugar de trabajo en la larga cadena de montaje donde se verificaban las piezas fabricadas. Su trabajo era tremendamente rutinario, siempre igual de aburrido, igual de monótono, de insignificante. Sin embargo, aquel día se produciría el breve acontecimiento que los sacaría a todos por un instante de la rutina. Aquél era el día del sorteo, el día de fin de mes. Nadie ponía verdaderas esperanzas en el sorteo. Casi nadie confiaba en verse agraciado con el premio. Había incluso quien pensaba que eso de los sorteos era una filfa, que el dinero no se entregaba o que no era tanto como se decía. En cualquier caso, aun sin tener mucha fe, la mayoría de los empleados pasaba unos minutos pendiente del resultado del sorteo, esperando que se conociera el número del empleado que había tenido la fortuna de ganar. Lo malo era que para noventa y nueve mil novecientos noventa y

nueve empleados de los cien mil trabajadores de la empresa de Gilberto siempre era otro, y no ninguno de ellos, el agraciado. Era un número común de empleados en las monstruosas empresas de aquel tiempo. El número era demasiado grande como para que uno tuviera la fortuna de ser el agraciado. Ganar el premio era muy improbable, pero el dinero sorteado, por mísero que fuese lo aportado por cada trabajador, constituía una cantidad bastante grande. Quien tenía la suerte de ganar podía vivir cómodamente sin trabajar durante toda su vida, así como mantener a su familia y sus herederos sin ningún problema. Ganar el sorteo significaba pasar de ser un insignificante número de la empresa a formar parte de la élite que manejaba el dinero, un miembro de la oligarquía que de hecho gobernaba, controlaba la economía, los hombres, y vivía con toda suerte de lujos, los cuales estaban negados completamente para cualquiera de los ignorantes, sucios, miserables e innumerables trabajadores de las grandes fábricas de millonarios, eufemístico nombre que se daba a las empresas sin sueldo, aunque al cabo fuera cierto para la pequeñísima fracción de empleados que tenía la fortuna de ganar.

Sonó el timbre que marcaba el tiempo para el almuerzo. Aquél era el momento del sorteo. Al poco se oyeron las primeras palabras del sorteo por los altavoces. Algunos estaban comiendo su nada suculento almuerzo, pero casi todos los empleados escuchaban nerviosos, expectantes ante el resultado del sorteo. La cadena de máquinas se había detenido y el silencio se volvió tenso en espera de que por los altavoces se dijera el número del afortunado ganador. Pocos permanecían sentados. Desde los más jóvenes como Gilberto hasta los viejos que habían pasado toda su vida trabajando en las mismas instalaciones, todos estaban de pie moviéndose para calmar los nervios. Uno entre todos ellos podría abandonar desde aquel día la rutina de miseria y trabajo en que todos vivían. Todos los desarrapados trabajadores pudieron escuchar la agradable voz que habló por megafonía:

-Queridos amigos -dijo una voz femenina, suave y lisonjera-, realizado el sorteo de este mes ha resultado agraciado con el premio acumulado el número ochenta y ocho mil seiscientos sesenta.

El rostro inexpresivo de Gilberto se iluminó. Se le agrandaron los ojos, sus pómulos se alzaron y en su boca se formó una sonrisa que se convirtió en carcajada. ¡Era su número! La voz lo repitió una segunda vez. No había duda. Él era el empleado número ochenta y ocho mil seiscientos sesenta. Había ganado todo el premio. Con ese dinero dejaría de trabajar para siempre. Apenas si podía creérselo. No se fijó en sus compañeros. Todos mostraban expresiones de desolación y tristeza. Para ellos tendría que ser otra vez la oportunidad, o tal vez aquel momento de suerte no llegase nunca. Esto último era lo más probable. Y lo sabían. Algunos no podían ocultar la envidia que sentían por Gilberto. Muchos se acercaron a felicitarlo mostrándole una forzada sonrisa. Algunos, sus verdaderos amigos, lo felicitaron de corazón, sabiendo que al menos uno de ellos abandonaba ese infierno.

Una nueva vida había llegado para el hasta entonces insignificante Gilberto. El dinero que había ganado, que no pasaba de ser una buena suma para cualquier empresario, constituía para un trabajador una auténtica fortuna. Con ese dinero Gilberto podría dejar de trabajar, podría sacar a su familia y a algún amigo de sus correspondientes trabajos. Probablemente sacaría de la miseria a alguna muchacha y se casaría con ella. Tendría hijos a los que podría brindar una buena educación. Sus futuros hijos, contrariamente a los de la mayoría de la gente, tendrían un futuro. Él también tendría futuro. Podía hacer planes sobre su vida. Ya no tendría que soportar la monotonía y la miseria que siempre lo habían acompañado.

Ya tenía pensado lo que haría con buena parte de ese dinero. Era un sueño que guardaba desde hacia bastante tiempo por si alguna vez le tocaba el premio. Aunque nunca se lo había planteado verdaderamente en serio, dado lo improbable de que se diera el caso, ahora que se había convertido en oligarca elitista era el momento de llevarlo a cabo. El plan era sencillo, pero difícil de ejecutar. Gilberto estaba decidido a montar su propia empresa. Fundaría una nueva fábrica de millonarios. Si tenía suerte se haría inmensamente rico y podría codearse con las clases más altas. Sería un verdadero oligarca, un auténtico millonario. Si fracasaba siempre le quedaría una parte de su fortuna, nunca volvería a la miseria que acababa de abandonar.

Pasaron muchos años y Gilberto no volvió a la miseria. "Papeleras Rovira" había triunfado. De tan sólo diez empleados había pasado a tener más de ciento cincuenta mil. Su empresa era una de las grandes. Gilberto era inmensamente rico. Buena parte de su éxito radicaba en el hecho de que incluyó un perfeccionamiento dentro del sistema de las fábricas de millonarios. En su fábrica se amañaban los sorteos. Daba a un empleado en particular, normalmente elegido a dedo, una suma de dinero que le permitía vivir con cierta comodidad y el resto del premio del sorteo eran beneficios para él. Por supuesto, el nuevo sistema tuvo muchos seguidores, hasta el punto de acabar con los viejos sorteos. Su negocio era boyante y Gilberto, que una vez había salido del agujero que ya nadie volvería a abandonar jamás, se había convertido en uno de los amos del mundo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(historia extraída de "Mucho Cuento", JLM 1988)

VOY A TOCAR EL SOL

Tumbada en el prado
Mirando el brillante cielo de la mañana
Azul
Más allá, las pálidas estrellas
Pensando en tocar el Sol
No puede quemarme
Eternidad perdida
Ahora, sí puede
¿Hasta cuándo?
¿Para siempre?
Una vida tras otra
Es imposible tocar el Sol
¿Sin morir?
Muerte, otra vez esa palabra
Además, es un hecho
Tocar el Sol, pero ¡qué tontería!
¿Miedo a la muerte?

Yo podría volar hasta el Sol y tocarlo
De todos modos, voy a morir como tú.
M. Carmen Montero

YO SOY...

¿Quién soy yo? Esta pregunta, aparentemente tan estúpida es la que nos propone André Breton en su libro Nadja, cuya lectura acabo de concluir. Al final añade además: "¿Soy yo sólo?, ¿Soy yo mismo?".

¿Quién de vosotros puede responder a una pregunta que por parecer tan obvia podría pertenecer a la categoría de los "axiomas" -proposiciones tan obvias que no necesitan demostración-. Y sin embargo ¿qué es lo que hace de esta pregunta un tema tan complejo, tan manifiestamente contradictorio hasta el punto de no poder dar una respuesta exacta, implacable, ante la que no quepa un nuevo interrogante?

Así pues os propongo este entretenido ejercicio práctico. Planteaos simple y llanamente quién demonios sois, qué estáis haciendo aquí, qué queréis hacer con vuestra vida. Más aún, podríais alargar el ejercicio e intentar pensar en las cosas más importantes en vuestra escala de valores. Una vez hecho esto, si por ejemplo lo más importante para vosotros es el amor, preguntaos, ¿qué tipo de esperanzas he puesto yo en el amor? Si es el trabajo pues lo mismo, ¿qué tipo de esperanzas tengo yo depositadas en alcanzar un cierto éxito profesional? Esta pregunta nos la debemos hacer todos puesto que en la medida en que logremos colmar las esperanzas y aspiraciones que tenemos en la vida lograremos alcanzar algo parecido a eso que llaman felicidad y que es un tanto difícil de entender, puesto que no creo que se trate de un estado perdurable de la mente, sino de determinados momentos de belleza, intervalos de esa "maravilla" que dice Breton. Satisfaciendo nuestras aspiraciones lograremos al menos un estado satisfactorio, nos sentiremos bien con nosotros mismos y con nuestro entorno, y esto, ya de por sí, ya es muy importante.

"Si no quieres verte frustrado en tus deseos, no desees nunca sino aquello que dependa de ti", decía Shopenhauer, y bien

cierto estaba. Sin embargo a menudo nuestros deseos son compartidos, lo cual hace difícil esa "unilateralidad". A menudo necesitamos de los demás para ver cumplidos nuestros deseos. Pero esto es algo positivo y hace que luego la recompensa sea mayor: la de ver en los ojos de la otra persona la felicidad por el objetivo común alcanzado.

Espero que este sencillo ejercicio os sea útil para determinar en qué medida estáis cumpliendo vuestros objetivos. Si no estáis satisfechos poneos a trabajar de inmediato: sólo disponéis de una vida para ello.

Narciso Tuera

EL ORDEN DE LA NATURALEZA

Un domingo como otro cualquiera. Las 7'30 de la mañana.

Me despierto somnolienta y me desperezo antes de levantarme. Es extraño, no he oído cantar a los gorriones como cada mañana. Me levanto y voy a hacer un poco de footing suave por el Retiro. El aire fresco tonifica mis pulmones, pero... noto algo raro en el aire; lo siento como más denso, más cargado. Veo un almendro con todas sus flores abiertas expeliendo el polen al viento; otro hace lo mismo; todos están haciendo lo mismo y, a pesar de que estamos en agosto, el suelo está cubierto de hojas. Miro hacia arriba y veo como un alcornoque deja caer sus hojas: primero una, luego otra, ahora sacude una rama hasta que no queda en ella ninguna hoja. Pero... noo, habrá sido el aire que movió la rama. ¿Qué aire? Si sólo corre una brisa suave... Sigo trotando y oigo a un gorrión que pía insistentemente a una paloma que está parada delante de él; el gorrión da vueltas a su alrededor hinchando el buche; revolotean y vuelan a la rama de una encina donde comienza la cópula. No puedo creer lo que estoy viendo. Al otro lado del camino hay una gata que corre perseguida por un perro; el perro la atrapa; ella queda quieta y maúlla sensualmente; entonces, el perro la monta. ¿Qué? ¿Una gata y un perro copulando? Pero eso no es todo, allí hay una pequeña ardilla jugueteando con un ratón. Sigo caminando y en un arroyo puedo apreciar una rana que sale del agua; me mira con sus grandes ojos

saltones y sobre su cabeza y en su espalda veo que tiene... pelos. ¡Ay! Alguien me ha tirado algo al cuello. Toco la parte dolorida con mi mano; tengo algo; son los restos de una mosca. ¡Ay! Otra ha chocado con mi mejilla; y otra más contra mi frente. ¿Qué pasa? Salgo corriendo y me libro de las moscas, pero las polillas han acabado con una parte de mi pantalón corto. Estoy harta; quiero salir de aquí. Echo a correr, pero en mi camino se interpone un pastor alemán; le digo: "Perrito bonito, perrito bonito, ¿me dejas pasar?"; pero no, no me deja; me ladra; se acerca a mí y empieza a olerme con insistencia. ¡Quita chucho! No para de olerme; yo diría que está muy excitado. Echo a correr y él detrás; estoy muy nerviosa; tropiezo con una piedra y caigo al suelo. El pastor alemán se me echa encima, oliéndome por todas partes, sobre todo por una. ¡Ay, que ya sé lo que quiere! ¡Lo siento, chucho, pero nuestro amor es imposible! Muerde el borde de mi camiseta y la desgarra cuando salgo corriendo. ¡El mundo está loco! Un gorrión viene a posarse sobre mi cabeza; le da igual que esté corriendo, se aferra con sus uñas a la goma de mi coleta. ¡Los animales no hacen estas cosas! ¡Quita de ahí! Estoy agotada; mejor descanso un poco. Me siento en el suelo apoyada contra un roble; la música que hacen sus hojas me tranquiliza y me adormece; empiezo a sentir sueño y a notar la corteza más blanda, mullida como un colchón de agua; incluso parece que me hundo en el roble; abro los ojos y... ¡oh, realmente me estoy hundiendo en el árbol! ¡Qué horror! Salgo corriendo; de pronto, una raíz se interpone en mi camino y caigo al suelo; yo juraría que antes no estaba; miro hacia arriba y veo el arrogante castaño que me ha interceptado el paso; pero... ¡los árboles no hacen estas cosas! Sólo quiero salir de aquí. En mi carrera veo a dos perros dando patadas a las piedras y a tres palomas cagándose en todo ser vivo que pasa bajo sus ramas; unos gorriones hacen lo propio sobre un enorme trozo de pan que alguien les ofreció como comida; ante mí vuelan juntas una abeja y una avispa. ¡No puede ser! ¡No es cierto! ¡No es cierto! ¡Eh...! Estoy sudando y en la cama... ¿Y los animales...? ¿Y los árboles...? ¿Y el Retiro...? Esto es mi habitación y parece que aún no me he levantado... Creo que todo ha sido una pesadilla. ¡Gracias! Subo la persiana y oigo a los gorriones piando a la mañana; me visto y salgo a correr por el Retiro. El vientecillo suave

mueve las hojas de los almendros, las encinas, los castaños de indias...; tan quietos, tan bonitos. Una ardilla corretea por un castaño saltando de rama en rama; un gorrión se asusta y huye. Un gato pasea por el césped y se agacha al ver pasar a un perro sujeto por la correa de su amo; el perro le ladra; pero el gato no se mueve, seguro en su libertad. ¡Qué maravilla, el orden de la naturaleza! Cada cosa en su sitio: los gatos, con los gatos; los perros, con los perros; los árboles, casi inmóviles. Alguien lame mi mano; me vuelvo y veo a un enorme pastor alemán con la lengua colgando fuera de su boca; le saludo y le acaricio la cabeza y el lomo; a él le gusta mucho; me despido de él y se marcha trotando. Simpático, el perrito. La naturaleza mantiene sus reglas; los animales viven juntos, pero no revueltos; de pequeños juguetean con otras especies, y de adultos, si no se comen, se dejan vivir unos a otros; generalmente no se dañan a no ser para sobrevivir. Nosotros, los hombres (me refiero a la especie *Homo sapiens sapiens*, ya sabes) formamos parte del orden de la naturaleza, por mucha capacidad de razonar que tengamos. Ya sabes, creo que podríamos aprender buenos modales de nuestros vecinos los animales y las plantas.

Carmen Montero

A A.

POEMA DE AMOR CASPOSO

Un dardo envenenado de Cupido
tocó de refilón mi corazón,
pero el pobre cieguito perdió el tino
y la segunda flecha la falló.
Así tu corazón sigue tranquilo
y el mío que rebosa de pasión,
no encuentra en tus desplantes el camino,
ni en tus palabras halla la ocasión,
de unir tu sentimiento con el mío
en uno sólo y seguir siendo dos.
Cupido que me has hecho malquerido,
dispara una vez más tu ciego amor,

que el mío seguirá siendo perdido
si el de ella no hieres de refilón.
Antón Martín Pirulero

Sé que no es política de la revista el admitir textos de escritores ya consagrados, habiendo sido concebida como el sencillo vehículo de expresión de humildes aficionados a la literatura, nunca con una pretensión distinta de ejercitar nuestra propia capacidad de expresar nuestros pensamientos de la forma más libre posible, sin límites, sin trabas. Eso nadie lo discute a estas alturas. Sin embargo, sin que sirva de precedente, y teniendo la humildad suficiente como para reconocer que tenemos tanto que aprender de los grandes, muestro aquí este enorme poema que muchos de vosotros sin duda conoceréis y que tanto tiene que ver con el tema que nos ocupa. Este poema no es sólo un poema: es casi una leyenda, una enseña que generaciones enteras han tenido orgullosamente como su más hermoso himno.

Narciso Tuera

POR RUDYARD KIPLING

SI

Si puedes estar firme cuando en tu derredor
todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza;
si, cuando dudan todos, fías en tu valor
y al mismo tiempo sabes excusar su flaqueza;
si puedes esperar y a tu afán poner brida,
blanco de mentiras, esgrimir la verdad;
siendo odiado, al odio no dejarle cabida
y ni ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad.
Si sueñas, pero el sueño no se vuelve tu rey;
si piensas y el pensar no mengua tus ardores;
si el triunfo y el desastre no te impone su ley
y los tratas lo mismo como dos impostores;
si puedes soportar que tu frase sincera
sea trampa de necios en boca de malvados,
miras hecha trizas tu adorada quimera

y tornas a formarla con útiles mellados.
Si todas tus ganancias poniendo en un montón
las arriesgas osado en un golpe de azar,
y las pierdes, y luego con bravo corazón
sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar;
mantener la ruda pelea
alerta el pensamiento y el músculo tirante
para emplearlos cuando en ti todo flaquea
menos la voluntad que te dice ADELANTE
Si entre la turba das a la virtud abrigo;
si marchando con reyes, del orgullo has triunfado
si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
si eres bueno con todos, pero no demasiado,
y si puedes llenar los preciosos minutos
con sesenta segundos de combate bravío
tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos,
y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío.

LA PASIÓN DE JULJUNIPAR

Voy a contar ahora cómo se produjo el auge de Juljunipar, su apoteosis, y voy a relatar también su caída, su fin. Porque, hermanos, Juljunipar no está muerto, pero ya no conserva nada de su grandeza.

¿Qué fue de aquel gran hombre que muchos todavía recuerdan? Juljunipar vivió grandes días y también los vivieron todos los que lo siguieron. Juljunipar hablaba. Sus palabras y su ejemplo eran suficientes para cautivar las voluntades. El mundo estaba harto, aunque nadie sabía exactamente de qué. Quizá no lo sabían porque estaban cansados de demasiadas cosas, de todas aquéllas que les hacían pensar y sentir que la vida entera los hastiaba y que nada de lo que pudieran hacer tenía el menor objeto. Juljunipar no podía decirles sin más que no había por qué buscarle un sentido a la vida, que ese estúpido sentido utilitarista no debía extenderse a la simple existencia. La existencia es un don, no tiene por qué buscársele una finalidad. Pero Juljunipar no podía hacerse entender de aquel modo.

Por eso les hablaba de felicidad e infelicidad. Mucha gente piensa que en la vida el único sentido es buscar la felicidad, sin saber que la vida en sí misma es el único objetivo y que, por fuerza, debe incluir momentos felices y otros que lo son menos aunque, precisamente, la vida plena consiste en esos momentos de felicidad. Juljunipar hablaba con sencillez a las gentes sencillas, y la propia felicidad que en él se reflejaba, su paz, su sosiego, calaban en sus corazones a la vez que las palabras, de un modo más profundo que el simple verbo.

Juljunipar les abría los ojos, haciéndoles notar los supremos engaños en que casi todos se veían inmersos. Ni siquiera culpaba de la falacia a la mala voluntad de unos cuantos como habrían hecho espíritus menos elevados que el suyo. No, Juljunipar sabía que los más engañados, los más difíciles de salvar eran esos pobres desgraciados que creían su propio engaño, como si se tratara de una religión, de una fe hermética. Juljunipar había tenido ocasión de oír hablar a todos esos predicadores autodenominados políticos, economistas, científicos, sociólogos, tantos sabios ingenuos o prepotentes, según los casos, cegados por una visión limitada de la realidad. Una visión asumida por todos como buena y deseable.

Todos lo sabían. El país marchaba bien cuando funcionaba la economía. Los ciudadanos tenían obligación de trabajar por el bien del Estado. La bonanza económica acerca a la felicidad, pues permite sacar adelante a la familia. El mundo es intrínsecamente malo. Las personas egoístas. Hay que competir por los recursos. El trabajo es un bien. El trabajo es un deber. El trabajo es un objetivo en la vida. Hay que realizarse como persona. Realizarse consiste en seguir un comportamiento modélico: cumplir con todas las obligaciones sociales, siendo sumiso al sistema, obediente a los jefes, trabajador, sin hacer preguntas, adicto al trabajo y a la familia, concepto universal ligado siempre a estabilidad, a egoísmo contrapuesto al de los demás. Primero soy yo, mi familia, mi pueblo, mi empresa, mi gente. Yo y los míos contra el resto del mundo.

Todos lo sabían. Los grandes principios son sagrados. Los grandes principios siempre los deciden grandes gurús de conocimientos cuasimísticos. Sólo hay un camino posible. Cualquier idea nueva es locura, utopía cuando menos, desorden. El desorden es

malo. Como son malas la iniciativa o la imaginación. Hasta la bondad es sospechosa, de mala fe oculta o de soberana estupidez. Las cosas no siempre pueden ser buenas para la mayoría. El sacrificio es necesario e inevitable. Hay que buscar el mal menor, aceptar las situaciones que a lo largo del tiempo han demostrado no ser demasiado malas. O han demostrado ser penosas pero no existe la alternativa. En realidad sólo existe un principio rector de conductas y de objetivos: la riqueza. La riqueza se mide exclusivamente con el dinero, quizá también con el poder. La ambición es saludable, aunque satisfacerla signifique crear infelicidad o injusticia, conceptos ambos completamente abstractos, sin ningún contacto con la realidad. Por eso la búsqueda del dinero es loable y provechosa. Provechosa porque favorece la economía del país y es santificada por los gurús. Provechosa porque favorece la satisfacción de todas las necesidades y deseos materiales y, en cuanto que tangibles, los únicos reales. En consecuencia, sólo hay un modo de medir esa otra entelequia llamada felicidad. Aunque esa felicidad es, en verdad, de todo punto imposible, y es inútil pretenderla o buscarla ya que no existe como algo tangible y definible, lo más aproximado a alguna forma de alegría o complacencia es satisfacer los deseos materiales, la propia ambición. Tener dinero y bienes da la mayor felicidad. Además, el consumismo favorece la autoalimentación del deseo: cada vez se quiere más y mejor. Cuanto más cerca se está de la "felicidad" de lo material, más vehementemente se busca la aproximación a la misma. Quienes dicen que la felicidad y la satisfacción, la realización personal, no están en lo material son sólo los desarraigados, los pobres desgraciados sin lugar en esta sociedad perfecta por cuanto que no puede existir -según el axioma número uno de la Civilización- ninguna otra sociedad mejor. Es más, la sociedad es ésta, ninguna otra forma de organizar los asuntos humanos merece el nombre de sociedad ni civilización. Quien pretende cambiar algo sólo busca la barbarie. Quien pretende cambiar algo es un peligro. Quien se opone al sistema, en cualquiera de sus facetas, es un peligro. La sociedad, por mero instinto de autoconservación y perpetuación -de sí misma, de la excusa axiomática número uno: la familia y sus intereses

egoístamente manipulados-, está en su perfecto derecho de extirpar el tumor.

A Juljunipar le divertía especialmente una moda "intelectual" de los últimos tiempos. Muchos políticos y economistas hablaban de la Aldea Global, del Pensamiento Único, y ambos términos podían sonar bellos en los oídos de cualquier persona, tan dulces eran los cantos de sirena de los grandes gurús. Pero Juljunipar era más hábil que todos esos sabios y hablaba a las gentes en la sencilla lengua del pueblo, traduciéndoles las palabras. Juljunipar les decía que el término Aldea Global, que solía venderse como sinónimo de universalización, de borrado de fronteras y límites culturales o económicos debía ser en realidad interpretado de un modo más literal. Global o no, lo importante era la idea de aldea: un lugar pequeño, donde todos los personajes importantes son conocidos y pueden manejar a su antojo la situación, ejerciendo el más salvaje caciquismo sobre sus congéneres. La Gente Importante, enmascarada tras muchos disfraces, regía el mundo sirviéndose de herramientas poderosas, todas ellas a las órdenes del dinero, sinónimo de poder. Los no importantes, por su parte, debían ejercer fielmente su papel en el mundo: mantenerse en su sitio y perpetuar el orden, santificándolo de forma voluntaria como el único viable, el mejor posible. Aquí hacía su entrada la idea del Pensamiento Único. Las ideologías han muerto, repetían una y otra vez los gurús, igual que otros locos nada visionarios habían repetido en todas las épocas que Dios no existe, sin disponer de pruebas, sin saber que los sueños del hombre -Dios o las ideas- nunca mueren, son más reales que el miserable dinero que ata las voluntades. La muerte de las ideologías parece algo bueno. Así no hay discusiones, así no hay confrontaciones ni violencia. Así no hay oposición, no hay salida del mundo perfecto, ya que nadie piensa que exista esa salida, nadie sueña con ella. Entonces es fácil convencer a todos de lo maravilloso y milagroso que es el hecho de que nuestro inestable mundo se haya salvado del desastre, gracias a los gurús, a los banqueros, a los políticos. Hay que conservar todo eso. Cualquier cambio es inestabilidad, la inestabilidad conduce al fracaso. Por eso es necesario el Pensamiento Único, el Pensamiento Bueno. Por eso hay

que luchar contra todos los opositores al régimen, hay que convertirlos o eliminarlos, marginarlos, dejarlos al margen de todo.

Y en esta lucha son importantes los medios de comunicación -también llamados por Juljunipar de adoctrinamiento y aborregamiento-, puesto que sirven para "educar". Vivimos en la sociedad de la información, nos dicen. Pero Juljunipar sabe que nos desinforman, tergiversan la información, la amoldan a sus intereses y, al cabo, nos engañan vilmente. Y, vilmente, nos venden su sociedad y sus productos. Nos hacen necesitar lo que no queremos, nos implican en su mundo de mercachifles y consumistas. A través de los medios de comunicación se nos venden otras ideas: rebeldías vanas, falsas libertades, espejismos de progreso y felicidad. Y algunos santones se creen sus propias ideas. Y muchos mercachifles se sueñan felices. Y muchos informadores se creen libres y piensan que transmiten ideas libertarias. Y mucha gente duerme feliz en este mundo perfecto.

Así que Juljunipar sabía todo esto. Sabía que para la mayoría de la gente, por convencimiento o resignación, sólo hay un mundo y un modo de vida posibles que son los actuales. Este modo de vida conduce a la felicidad. No sentirse feliz es una traición al maravilloso orden del mundo. Un infeliz es un inadaptado, un desagradecido. En un mundo perfecto no puede haber quejas. Todos deben caminar hacia adelante buscando su esplendoroso destino al final de la carrera productiva de la vida, tan llena de sentido. Juljunipar sabía todo esto y por eso sus palabras, tan sencillas como sus oyentes, calaron tan profundamente en sus corazones.

Porque Juljunipar sabía que se equivocaban y, como todos los profetas, pronosticó que en el futuro esta miserable sociedad caerá. Porque la Justicia, aunque no sea un término objetivo y tangible como el dinero, existe, y nuestra sociedad es injusta. Una sociedad que permite que muchos vivan en la miseria con la excusa de las macroeconomías; que santifica el dinero en detrimento de los bienes espirituales; que camufla con adornos la infelicidad, engañando a miles de individuos en su búsqueda; que mata la Libertad, tan poco tangible como la Justicia, pero tan real como ella; que quiere acabar con las diferencias, homogeneizando lo inhomogeneizable; que exalta el trabajo como un bien siempre necesario al cual merece la pena

sacrificar la vida; que decide el destino de millones de individuos a los que ha robado sus posibles sueños; que mata la imaginación y las ideas; que antepone el dinero a la sonrisa de un sólo niño; esta sociedad ha de cambiar salvo que el hombre deje de ser hombre, salvo que el hombre decida acabar de una vez consigo mismo.

Juljunipar hablaba y su ejemplo cundía entre las gentes. La publicidad puede hacer milagros, pero la verdadera felicidad es contagiosa. La felicidad del vecino nos hace envidiarlo. La felicidad de Juljunipar, tan próxima y fácil de adquirir, era un ejemplo a imitar. Por eso sus seguidores eran legión. Muchos preferían pasear en compañía por un parque antes que lanzarse como posesos a los hipermercados. Muchos descubrieron la alegría de conversar y la prefirieron a las horas extra o los programas de la tele. Muchos descubrieron las pequeñas formas en que se presenta la felicidad y los grandes gurús temieron de verdad por su castillo de naipes.

Juljunipar no hacía milagros que fueran más allá del inefable milagro de cambiar los espíritus. Solía repetir una frase a sus seguidores -nunca le gustaba emplear la palabra fieles, que parecía indicar posesión-, siempre la misma: "Mantened puros vuestros corazones y nunca hagáis nada que vaya contra ellos". Era un mandamiento, el único para aquél que siempre se limitó a sugerir. Sugería la tolerancia, el buena talante, el compromiso, la solidaridad, pero exigía la pureza: nadie debía traicionarse a sí mismo, a aquel individuo que le gustaría ser siempre. Como Juljunipar no prometía dinero, ni grandes cosechas o dones, no prometía más de lo que un simple cambio de actitud podía permitir, era un personaje verdaderamente peligroso. Juljunipar era un verdadero ídolo para las gentes de Junipundia. Él nunca lo deseó así. Siempre prefirió pasar desapercibido, pero no pudo lograrlo. El espíritu humano tiene muchas debilidades y una de ellas es la de fabricar líderes a partir de cualquiera. Y éste fue el mayor problema de Juljunipar. Si nadie lo hubiera conocido, si su influjo se hubiera difundido sin más, nadie lo habría molestado y su revolución habría tenido éxito. Pero con su fama llegaron el principio del fin y el comienzo de su Pasión.

Ocurrió un día en el que caminaba por las calles de Junipundia rodeado por algunos de sus seguidores, quienes, no

queriendo incomodarlo, lo flanqueaban respetuosos, dejándolo caminar y hablar plácidamente. Todos escuchaban en silencio, felices de disfrutar tal privilegio. Fue entonces cuando apareció un furgón de la policía. Muchos de los fieles presentes -pues lo eran aunque al Maestro le disgustase esa entrega- lamentaron no haber seguido más de cerca a Juljunipar, cerrando filas en torno a él. Los policías, unos tipos malcarados que nunca oyeron el mensaje liberador, se dirigieron sin dudar, maquinalmente, al profeta. Lo tomaron por los brazos y se lo llevaron. La gente empezó a abuchearlos y se disponía a emplear la violencia, pero Juljunipar los apaciguó y sonrió a sus captores. El jefe de los policías leyó los ridículos cargos -lo llamó alborotador, alterador del orden público, anarquista, terrorista de Estado, mil infundios-, esposó al Maestro y lo introdujo en su vehículo. El auto arrancó y todos los fieles quedaron en silencio, sumidos en la desesperación.

Los cargos eran claros y decisivos. La máquina del Poder, el mecánico Estado, engulló a Juljunipar. El Junipundista trató de resistir. Incluso se empeñó en convencer a sus captores. Pero la Ciencia, hermanada con el Poder, ejerció su funesta influencia. El profeta fue medicado, reeducado, lobotomizado y reprogramado. Juljunipar el hombre no pudo soportar la tortura del espíritu inquebrantable que albergaba y cedió a las esclavitudes de la técnica. La máquina del Poder había ganado su batalla. Un nuevo Juljunipar fue presentado al pueblo de Junipundia. El Juljunipar lobotomizado en nada se parecía al anterior. Tras quitarle un buen trozo de cerebro fue colocado al frente de una de las grandes Multinacionales. Juljunipar el Junipundista, como Director General de Marketing de una empresa de Seguros de Vida, no necesitaba de mucho cerebro para progresar en su degeneración. Ahora era comedido en sus palabras, educado, brillante, cínico y, ante todo, tremendamente productivo para la Economía Mundial. Era un sabio de las finanzas y todos lo aplaudieron como uno de los más lúcidos gurús del momento. Era un santón del sistema, un converso del Mundo Perfecto, del Pensamiento Único, de la Aldea Global. En resumen: Juljunipar el Junipundista había muerto.

Fueron muchos los fieles que lo abandonaron. Pero hubo seguidores que mantuvieron la fe. La pasión del maestro, su humillante caída era un acicate para ellos. Los espíritus más puros, tras un momento inicial de duda, se encendieron y entraron en ignición. El ejemplo del profeta, su miserable sacrificio no podía caer en saco roto. El mundo debía ser cambiado. Había que seguir transformando los corazones y, ante todo, confiar en el futuro, tener fe en el milagro que algún día -así había sido predicho- debía llegar: Juljunipar habría de resucitar de entre los muertos y lucir de nuevo en todo su esplendor, portando en su mano la tea de la alegría y la insurrección, la luz del Nuevo Mundo prometido y soñado.

Juan Luis Evangelista

PERSPECTIVA PLANETARIA

Voy subiendo.

Me elevo hacia arriba sin prisa, pero sin pausa.

Abajo quedan mi cuerpo, mi casa, Getafe, Madrid.

Ahora puedo ver el perfil de la península Ibérica, Europa, el Atlántico, África y Asia.

Hacia arriba está la oscuridad del espacio. ¿O es hacia abajo?

Quizá sea hacia la derecha o hacia la izquierda.

Atravieso la capa más externa de la atmósfera y salgo hacia las estrellas.

Ahora puedo ver la esfera de la Tierra, el planeta azul.

Desde aquí se ve el planeta como un todo. Han desaparecido las fronteras entre países.

Aunque no las veo, imagino a millones de personas moviéndose sobre la superficie sólida del planeta.

Según la Tierra va rotando, el Sol ilumina su superficie y las personas que habitan allí van despertando al nuevo día; se mueven, hablan entre ellas, comparten cosas, trabajan, estudian, aman, odian, hace miles de cosas cada cual a su manera.

Les ha tocado ser "la gloria de la creación"; son la forma de vida más capaz sobre la Tierra; la mayoría no se responsabiliza demasiado de esto, pero intenta hacerlo lo mejor que puede; unos

pocos no pueden responsabilizarse por casi nada y aunque crean que algo está mal, lo hacen. Y otros pocos son capaces de una responsabilidad superior a la mayoría y hacen grandes cosas: el descubrimiento de la agricultura, aprovechan los recursos de la naturaleza, inventan la vacuna, la bombilla, el papel y hasta librarse pacíficamente de un grupo imperialista, como hizo Gandhi.

Desde fuera del planeta, veo cómo toda la gente se ha organizado de alguna manera, ya sea en el trabajo, la casa, academia o para atracar un banco. Cualquier grupo, por pequeño que sea, necesita una organización, una estructura base para funcionar como grupo. Y esta estructura la mantienen los que forman el grupo. Esto es aplicable a todos los países. Parece que el Presidente del Gobierno y sus ministros son los únicos que pueden tener algo del poder de estado, y sin embargo, somos todos los curritos y votantes los que los mantenemos ahí y permitimos que hagan lo que están haciendo, sea bueno o malo. Imagínate que nos pusiéramos, la gran mayoría, en contra de la democracia y no votáramos. Pronto saldrían grupos antidemócratas y la democracia se iría a paseo. Lo que quiero decir es que aunque sea de forma pasiva, la mayoría aceptamos y participamos en el mantenimiento de este tipo de gobierno. Personalmente, a mí me parece que la democracia está bien.

Lo cierto es que todo ese montón de personas que hay en la Tierra vive junto y la mayoría no se da cuenta.

Si te pones a mirar, ves que los hay de distintos colores: blancos, negros, amarillos, pieles rojas, pero todos, absolutamente todos, están hechos de lo mismo.

Por otro lado, todos hacen cosas parecidas, y eso debe ser porque básicamente son iguales; debe ser porque todos intentan seguir las reglas de un mismo juego. El hecho de que grupos de personas tan distantes hagan las mismas cosa como por ejemplo: organizarse, casarse, trabajar, hacer música, oponerse al dolor, escribir, amar, comunicarse, odiar, temer, engañar, enojar, aburrirse, jugar, pretender ser algo que me guste y un montón de cosas más, así lo indica.

Pero, aunque son los mismos hechos, cada cual los hace según su propio criterio, a su manera. Así fue como algún chino inventó la

imprenta de tipos móviles casi 4 siglos antes que Gutenberg. Las dos máquinas eran imprentas, pero los diseños eran diferentes. También la ballesta fue un invento chino y europeo por separado. El aislamiento del Imperio Chino impidió que tuviera relaciones con Europa hasta la llegada de Marco Polo. Lo sorprendente es que 2 personas tan aparentemente diferentes dieran la misma solución a un mismo problema.

Lo cierto es que desde aquí veo las cosas de otro modo. Me gusta estar en el espacio, pero creo que tengo que volver. Mi sitio está allí, sobre la Tierra, donde están todos.

Cada vez me acerco más a mi planeta.

Durante el regreso voy admirando las nubes, el azul del cielo, la luz del Sol, su calidez.

El verde de las plantas que da color y vida a los continentes.

El agua se va volviendo más clara según me acerco a ella.

Ahora estoy sobre la península Ibérica y puedo ver la nieve sobre los Pirineos y el Ebro.

No se ve como en los planos cartográficos.

No hay letras y los colores se reducen al marrón de la tierra, el verde de las plantas, el azul de los ríos y el mar y el blanco de la nieve.

Me acerco más y reconozco a Madrid, surcada por carreteras que la rodean y la cruzan; el río Manzanares que la atraviesa de noroeste a sureste; las manchas verdes del Pardo, la Casa de Campo y El Retiro; los grandes edificios modernos de la Castellana y los antiguos de la zona Centro.

Ya puedo ver a los madrileños.

Me acerco a Getafe.

Esa de ahí es mi casa y ese mi cuerpo.

Entro en él.

Ya estoy de nuevo en el mundo material.

Mª Carmen Montero

SU ESTANDARTE

Hay gente que de una frase hace su estandarte.

La oye, la toma, la exhibe, la ondea.

No la entiende ni le busca el sentido.
Le gusta, la siente como suya.
Suena bien, retumba con ecos de verdad.
Cada cual tiene su frase.
Todo lo más, dos o tres.
"Una grande libre"
"La imaginación al poder"
"Gora ETA"
Parece que cuanto más corta, la frase es mejor.
Hay tanto borrego suelto,
hay tanto imbécil perdido.
Hay gente que de una frase hace su estandarte.
Y hay otros más listos que inventan muchas frases,
las sueltan al viento y dejan que germinen entre la gente.
Y esos son los líderes echando anzuelos.
Los peces pican, porque las frases caen sobre yermo.
Miles de cerebros atocinados,
deseosos de orbitar como satélites,
toman las frases como suyas.
Las repiten una y otra vez,
las discuten
(¡quién sabe de dónde sacarán sus argumentos!)
y algunos están dispuestos a morir por ellas.
"Patria y libertad"
"España para los españoles"
"Pan y circo"
Hay tanto tarugo ciego,
tanto loco confundido.
Hay gente que de una frase hace su estandarte.

Juan Luis Monedero Rodrigo

GOBIERNO EN LA ISLA DE TAHÚN

Podría haberme dedicado a comentar alguna de mis ideas acerca de nuestro mundo y la necesidad de una revolución. No creo que fueran políticamente correctas.

En cualquier caso no quiero ser tan explícita. Así que prefiero escribir la historia de un pueblo de la Micronesia. Se trata de los habitantes de la pequeña isla llamada Tahún, situada más allá del archipiélago de las Fidji.

A fuerza de ser sincera, debo añadir que los tahúnes ya no existen. Desaparecieron hace varias décadas, víctimas del afán expansionista y destructor del breve imperio nazi. Víctimas, a fin de cuentas, de su propia integridad moral.

Sea como fuere, mi artículo se basa en las impresiones de un gran viajero: el famoso Monsieur Blaise Bonpland. Este aventurero pasó los mejores años de su juventud recorriendo los exóticos parajes de los mares del Sur. Visitó la isla de Nueva Caledonia, Tahití, las Salomón y, de un modo breve pero intenso, la pequeña isla de Tahún. De este viaje no voy a describir sus detalles ni pienso entretenerme en narrar las famosas peripecias que al señor de Bonpland le sucedieron durante su periplo. Me limitaré, como es mi primera y única intención, a describir el modo de gobierno de los pobladores de esa isla hoy desierta a la que algunos denominaron la Atenas del Pacífico, invitados a usar tal término por el propio viajero francés.

Aunque creo que el nombre no es adecuado y se viene grande para tan minúscula isla, me parece interesante explicar cuál es el motivo de tan sonoro apelativo. Hay que hacer notar, en primer lugar, el hecho curioso de que los Tahún, pueblo semisalvaje y caníbal, se desarrollasen en lo político hacia una forma bien parecida a nuestras modernas democracias en lugar de seguir el tradicional modelo tribal y caciquista que situaba a la mayoría de los pueblos bajo las órdenes y voluntad de un tirano mesiánico y violento. No se sorprendan de esta afirmación. Es cierto que los tahúnes desarrollaron un sistema de gobierno parecido a nuestra actual democracia, una suerte de gobierno común a través del voto popular. Pero he dicho parecido a la democracia. No una democracia. Y ésa es, precisamente, la razón de escribir este ensayo: la semejanza, que no la identidad.

Una democracia primitiva y tropical sería un hallazgo notable y colorista. Pero el descubrimiento de los Tahún por Bonpland antes

de su particular holocausto fue más que notable, fue verdaderamente espectacular.

¿Qué tenía de particular esta pseudodemocracia de los Tahún? El hecho de que no había candidatos; al menos no candidatos oficiales. Podríamos decir que los tahúnes se regían por una especie de república presidencialista. Ellos, por mayoría popular, elegían a sus líderes para que los gobernasen como reyezuelos todopoderosos, pero sólo durante un más bien corto periodo de tiempo, normalmente cinco años. Digamos que dejando de margen el intervalo de tiempo justo para realizar una nueva campaña electoral y una serie de ceremonias previas que describiré posteriormente.

He dicho que los Tahún escogían a su jefe. En realidad el único que no podía elegir era el nuevo jefe. No podía negarse a aceptar el cargo. Sus vecinos lo escogían por pensar que sería el mejor líder, aquél capaz de conducir la tribu del mejor modo posible. Para el nuevo jefe aquella elección significaba un enorme honor al que nadie podía ni quería renunciar. Pero también significaba una tremenda responsabilidad. El encargado de regir los destinos de su pueblo por votación popular estaba obligado a gobernarlos con buen tino. Debía hacerlos prosperar, debía hacer felices a todos los que habían confiado en él. El elegido no podía tomar una decisión errónea, no podía equivocarse.

Si el elegido gobernaba con buena mano, lo cual no siempre resultaba difícil y era una prueba de enorme habilidad e inteligencia por parte del jefe, podía terminar los cinco años de su reinado. Se convertía en un hombre santo, situado por encima de los demás mortales. Pero no todos los jefes concluían su mandato. Si un jefe fallaba, o sus vecinos lo consideraban así, era destituido por los mismos que lo habían escogido. Aquello era una vergüenza para él y su familia. Un líder no podía fallar a su pueblo. De hecho, para los tahúnes no existía el fracaso. El líder no fallaba, actuaba de mala fe, diabólicamente, en contra de su pueblo.

Ahora tengo que aclarar un detalle. Hasta el momento he hablado de destituciones y finales de mandato. En realidad ambos hechos tenían un punto fundamental en común. Igual que el sistema descrito no era una democracia, las conclusiones de mandato no eran

precisamente simples retiradas de la vida política. Aquél que fallaba a su pueblo y era apartado de su cargo no volvía a su vida anterior. El deshonor del jefe y la ira del pueblo eran tan grandes que el reyezuelo debía ser sacrificado a los dioses para expiar su culpa. Los viejos de la tribu lo sacrificaban ritualmente utilizando un hacha de obsidiana que era su arma sagrada. Le rebanaban limpiamente el cuello y, tras desangrar el cadáver, lo cortaban en pedazos, lo asaban para purificarlo y se lo comían entre todos, responsabilizándose así conjuntamente de la muerte del malvado. Luego, tras el banquete, se escogía al nuevo líder. La situación era diferente cuando el jefe terminaba con gloria su mandato. No había posibilidad de reelección. El buen jefe era un enviado de los dioses y, tras concluir su tarea, sólo podía ser devuelto a los dioses. En consecuencia el buen jefe también era sacrificado. Pero, en este caso, el ritual era una verdadera fiesta. En lugar de emplear el hacha negra de obsidiana, empleaban una concha blanca bien afilada. El sacrificio era ejecutado por las más bellas jóvenes, quienes degollaban entre cánticos al buen jefe después de haber copulado con él para impregnarse de algo de su santidad. El jefe moría feliz, henchido de gloria. Su sangre era recogida en cocos vacíos, de los que el pueblo hacía libaciones. Su carne era troceada y repartida cruda entre todos, que comían la carne fresca y jugosa para evitar la pérdida de las cualidades del viejo rey. De este modo, cómo no, conseguían también el contagio de diversas enfermedades, pero las tradiciones rara vez contemplan las normas de salud e higiene aunque también es verdad que en Tahún no existían estos conceptos.

Alguno tal vez se pregunte cómo escapó Bonpland de estas prácticas caníbales. Hay que hacer notar que la antropofagia era meramente ritual. Sólo afectaba a los miembros de la tribu y, en ocasiones, a los enemigos derrotados en honrosa batalla. No a los miserables extranjeros a los que les estaba prohibido participar del festín, tanto formando parte del menú como de los comensales. Así que, gracias a este afortunado racismo, Bonpland no tuvo problemas para salir de la isla de Tahún.

No es cuestión de juzgar los modos de destitución de los tahúnes. A diferentes culturas diferentes formas de ver la vida. Pero

lo cierto es que, según cuenta Bonpland, aquellos salvajes antropófagos parecían bien felices con su gobierno. Sus jefes se esforzaban al máximo por buscar la felicidad de sus electores, muy por encima de la suya propia. Su gobierno era del todo desinteresado, al menos en lo material. Sólo buscaban su bien espiritual, su gloria y el honor para su alma, de modo que todos aceptaban de buen grado su sacrificio y, sin duda, nunca hubo reyes que se esforzaran más por lograr el progreso de su pueblo. Tampoco es cuestión de proponer que retomemos sus costumbres caníbales, pero quizá nos convendría aprender algunas cosas de su forma de gobernarse.

Euforia de Lego

CIENCIA Y PODER

MADRID. SIGLO XXIII

El despertador dio las 7'30 h. y despertó a Delia. Hora de levantarse e ir al trabajo.

Cuando terminó de vestirse, tenía ya el desayuno preparado por su diligente robot doméstico marca Osaka, que le preparaba el desayuno y la cena.

-Buenos días, señorita Delia, aquí tiene su desayuno.

Era un robot muy educado.

-¿Qué me has preparado hoy, Lata? -Delia le había puesto un nombre para personalizarlo un poco.

-Le he preparado un suculento desayuno de proteínas, vitaminas y fibra, señorita Delia.

-Bueno, pero ¿qué es?

-Cereales con leche, señorita Delia -respondió el robot.

-Otra vez cereales. Mañana prepárame ensalada de sopistroles con atún -dijo Delia.

-¿Quiere la ensalada de sopistroles para desayunar o para cenar, señorita Delia? -preguntó Lata.

-Para desayunar.

El robot memorizó la orden.

-Sí, señorita Delia.

Delia salió de la casa y fue caminando hacia la estación de REME (Red de Magnetocarriles Españoles). La REME había sustituido a la RENFE en muchos lugares. Los magnetocarriles crean un campo electromagnético sobre el cual levita el material superconductor[1] de la base de los trenes que circulan sobre ellos, lo que les permite a éstos elevarse unos 15 centímetros sobre los raíles, de manera que el tren prácticamente vuela. La REME es una red subterránea ultrarrápida que, de momento, presta servicio en localidades que se encuentran a 50 kms. o más de Madrid y Barcelona. Los trenes superconductores alcanzan velocidades de hasta 800 km/h. en largos recorridos; siendo los de corto recorrido más lentos, pudiendo alcanzar hasta 650 km/h.

Delia tardó en llegar a Madrid capital unos 6 minutos. Se apeó y cogió el autobús solar línea 141 que paraba en el "Centro de Parapsicología Zeta" (del griego θ, Theta, que representa el pensamiento, la fuerza vital, el espíritu o el alma). "Zeta" se encontraba a las afueras de la capital, en el lado oeste. En este centro se estudiaban y desarrollaban los fenómenos parasicológicos. Delia era telépata desde que nació, y aquel centro le había ayudado a aceptar su condición. Al hacerse mayor, decidió ayudar a otros como ella, que tuvieran aptitudes paranormales como: mover objetos sin tocarlos, saber para qué se había usado un objeto, cómo y quién lo usó, reconocer colores con el tacto, mejorar el crecimiento de las plantas y curar enfermedades por contacto, etc. A algunas personas les daba miedo saber que ella era telépata. Tuvo que hacer frente a mucha incomprensión. Un día sus padres la llevaron al centro Zeta y allí conoció a otros como ella. Aprendió a controlar su poder y a desarrollarlo. Delia seguía una norma común a todos los telépatas: nunca sondeaba a alguien si éste se negaba; de todas formas, si una persona piensa en "nada", eso es lo que un telépata puede leer: nada. Ser telépata es una ventaja, pero hay que saber controlarlo porque se pueden equivocar los pensamientos propios con los ajenos, y, además, es agotador "escuchar" cualquier cosa que otros piensen. Para Delia fue muy importante estudiar en "Zeta", la ayudaron mucho. Hay que añadir, que los telépatas son personas muy sociales, que sienten verdadero aprecio por todos los seres. Un telépata no puede

perjudicar adrede a otro porque es capaz de sentir su miedo, su dolor, y eso le destroza. Por otro lado, tampoco les gusta que alguien dañe adrede a otra persona, y además odian las mentiras. Un telépata hubiera luchado por destruir el mundo que Hitler quiso crear, por ejemplo. A pesar de todo, los telépatas no eran bien vistos por algunas personas, entre ellos algunos altos mandos militares y políticos del Gobierno.

Delia llegó al Centro de Parapsicología Zeta.

-Buenos días -le dijo al guardia.

-Buenos días -contestó el guardia.

Recorrió el camino que cruzaba el prado y el bosquecillo. Unos caballos pastaban en el prado. El edificio, mucho más ancho que alto, contaba con 5 plantas exteriores y un sótano.

-Hola, Laura -saludó Delia.

-Hola, Delia -respondió Laura.

-¿Quieres un café? -sugirió Delia.

-Bueno -respondió Laura.

-Ayer, cuando llegué a casa, puse la cinta del contestador y había llamado mi madre. Dice que la llame, que ya no me acuerdo ni de ella ni de mi padre, pero que ellos sí se acuerdan de mí -dijo Delia.

-Es que madre, sólo hay una -dijo Laura.

-Es cierto -afirmó Delia.

-¿No notaste algo raro ayer en la directora? -preguntó Laura.

-Ayer no vi a la directora -dijo Delia-. ¿Por qué me lo preguntas?

-No, porque me pareció nerviosa -dijo Laura.

-Nunca he visto nerviosa a Moira -dijo Delia.

-Por eso me extrañó -dijo Laura.

-Supongo que si hemos de enterarnos, ya nos lo dirá -dijo Delia.

-Supongo que sí, pero es algo... malo.

En ese momento, pasó Moira Vargas, la directora, muy deprisa hacia su despacho. Ni siquiera las vio.

-Parece preocupada -dijo Delia.

-Me gustaría saber qué ocurre -comentó Laura.

-Tú dices que crees que es algo malo, pero me parece que, además, es... grave.

Unos días antes, a unos 30 kms. del Centro Zeta, en las oficinas del laboratorio "CLONATRON" de Ingeniería Genética, el director del "Proyecto Superflora", Mario Andrada, estaba algo desanimado.

-Tenía muchísimas esperanzas en este proyecto, pero llevamos mucho tiempo sin avances, sin novedades. Está atascado -dijo Mario.

-No te preocupes, hay que tener paciencia -le alentó Santiago, director ejecutivo.

-Pero llevamos año y medio sin nada. Bueno, prácticamente nada. Repetimos lo mismo una y otra vez. Las líneas de investigación no avanzan. No lo entiendo -dijo Mario.

Santiago callaba y sonreía suavemente.

-¿Estás seguro de haber comprobado todos los pasos, Santiago? -preguntó Mario.

-Sí, por supuesto. Está todo comprobado -contestó Santiago.

-¿Y está bien? ¿No se ha pasado nada por alto? -preguntó Mario.

-Todo está bien, Mario. Los informes son correctos y se están haciendo los experimentos según lo previsto -respondió Santiago.

-De acuerdo, de acuerdo. No es que dude de tus informes, Santiago, es que no entiendo lo que pasa -dijo Mario.

-Bueno, te dejo. Que tengas una buena reunión -se despidió Santiago.

-Sí, eso espero. Hasta luego, Santiago -se despidió Mario.

Santiago de las Heras, director ejecutivo del Proyecto Superflora, vigilaba de cerca los experimentos y leía los informes de sus investigadores; luego hacía un informe general que pasaba a Mario Andrada. Todo marchaba correctamente, como él había previsto. Las líneas de investigación de Mario habían sido útiles en un principio, pero luego se le ocurrió su propio proyecto y no dudó en añadir una nueva línea de investigación que marchaba viento en popa, y de la cual, Mario no sabía nada. Santiago no se lo había comentado a Mario de

antemano porque sabía de antemano que éste no hubiera aceptado. ¿Una planta "todo-terreno" con capacidad para "pensar" o algo así? Lo de que fuera "todo-terreno" quizá lo hubiera aceptado, pero investigarlo en una planta con flores, que era la más idónea. Y lo de "pensar", bueno, eso ni oírlo. No, se lo habría tomado como un capricho de Santiago y no hubiera aceptado. Una planta capaz de vivir en casi cualquier suelo, decidir cuál es su mejor medio ambiente e ingeniárselas para llegar a él, en cuestión de pocos años, días o quizá horas. Una planta con "cerebro" quizá llegaría a desarrollar algún tipo de locomoción, o esclavizaría a algún animal para que le llevara donde quisiera, ¿no les parece interesante?

Santiago se las había arreglado para añadir su propia línea de investigación, pero esto había frenado a las otras, y el proyecto de Mario se había estancado.

El Dr. de las Heras llegó al invernadero y la vio allí: esbelta sobre una de las numerosas estanterías; verde y blanca; su creación. Una planta con flores que podía vivir sobre cualquier base mineral, vegetal o animal, en descomposición. Podía alimentarse incluso de sangre. Sin embargo, sólo podía reproducirse por esquejes. Esto suponía un retroceso, pues la reproducción era más costosa. Pero se le ocurrió modificar el polen y consiguió un polen autogerminativo que actuaba de semilla y así la planta se reproduciría asexualmente.

Santiago se creía ahora un genio; siempre lo había creído, pero ahora más. Sólo con esto hubiera conseguido el reconocimiento internacional a su labor científica y le hubiera llovido el dinero de las fundaciones, del ejército y del Gobierno para investigaciones; pero aún no era el momento de mostrar su experimento al mundo. Cada vez resultaba más difícil ocultar sus avances a los ayudantes a su cargo. Puso a trabajar en su proyecto a los de su confianza, personas de esas que no opinan, tan sólo ejecutan.

Un tiempo después, Santiago modificó el conjunto genético de su planta con genes humanos relacionados con el cerebro y la sangre. Pero entonces, el polen no germinaba y los esquejes tampoco crecían. Había conseguido una única planta totalmente estéril que no arraigaba en ningún suelo o base. Ahora, mirando la planta, se preguntaba en qué sustrato podría replantarla. ¡Ya está! Se fue a la

sección de animales vivos y consiguió unos cerebros de rata y sangre. Plantó un esqueje. A los 2 días, el esqueje estaba completamente arraigado. Bien. Lo había conseguido. Loco de contento se llevó la planta a su laboratorio particular, situado en la sierra de Madrid. Todo iba saliendo a la perfección. Consiguió más esquejes y más cerebros de rata y sangre para tener varias plantas: de tallo blanco, flores grises y hojas verdes. El olor era realmente insoportable, pero ya conseguiría neutralizarlo. Mientras, trabajaría con mascarilla.

A los pocos días salía un pequeño titular en el periódico: "Extraña muerte en la sierra madrileña". Un niño había sido hallado muerto y al practicarle la autopsia, le hallaron raíces en el cerebro.

Mario Andrada estaba leyendo el periódico cuando apareció Santiago.

-Buenos días, Mario -le saludó el dr. de las Heras.

-Buenos días, Santiago. Oye, ¿has leído esto de las raíces en el cerebro del niño? -preguntó Mario.

-¿El qué? Pues no, no lo he leído. Déjame ver -contestó Santiago.

-Es una noticia horrible, pero quizá sólo sea sensacionalista -dijo Mario.

-Posiblemente -dijo Santiago.

-Pero si es cierto, creo que puede afectarnos, ¿sabes? -dijo Mario.

-¿A nosotros? No sé por qué nos iba a afectar -comentó Santiago.

-Porque nosotros tenemos experimentos de Ingeniería Genética con plantas, ¿entiendes? -dijo Mario.

-Ya, claro -comprendió Santiago.

Una extraña enfermedad pareció extenderse por Madrid. Algunos niños, ancianos, adultos y animales morían tras unas horas de fiebre. Por la zona de Patones, Torremocha de Jarama y Uceda moría además parte del ganado y se encontraban ratas, perros y gatos muertos por las calles. La autopsia reveló unas pequeñas raicillas en sus cerebros.

Los periódicos hicieron estallar la noticia en grandes titulares: "CREACIÓN DEMONIACA DE LA LOCURA CIENTIFICA",

"VICTIMAS DE LA INGENIERIA GENETICA", "PLANTA ASESINA EN PARADERO DESCONOCIDO", "CAOS CIENTIFICO TOTAL", y cosas por el estilo. Los periodistas se complacen en sembrar el caos y la confusión para vender más y con una noticia así no les fue difícil hacerlo porque, en realidad, ni los mismos científicos podían explicar lo que había pasado, al menos de momento. Sólo uno de ellos, Santiago de las Heras sabía lo que había pasado, aunque aún no era del todo consciente de ello.

Justo el día antes de publicarse la noticia, David Camino, presidente del Comité de Etica Científica (una sección del Comité de Etica), llamó a Clonatrón para concertar una entrevista con Mario Andrada y con Santiago de las Heras. Se abrió una investigación a conciencia en todos los laboratorios de Ingeniería Genética, sobre los proyectos con plantas.

Santiago explicó ampliamente el Proyecto Superflora, los avances sobre el aumento de producción de trigo y su adaptación a suelos de cualquier pH, y del arroz que puede regarse con agua del mar. Alabó grandemente las líneas de investigación de Mario, dejando bien claro que él estaba completamente a sus órdenes.

Tras marcharse la comisión de investigación de Ética Científica, Mario y Santiago se quedaron solos.

-¿Te ocurre algo? -le preguntó Mario a Santiago.

-Me duele un poco la cabeza -se tocó la frente-. Creo que tengo fiebre.

-¿Cómo te sientes? -le preguntó Mario.

-No muy bien. Estoy algo mareado -dijo Santiago.

-¿Por qué no vas a la enfermería? -sugirió Mario.

-Sí, es lo que voy a hacer -respondió Santiago.

La fiebre del dr. De las Heras era bastante alta, por lo que le recomendaron irse a su casa y meterse en la cama. Ese mismo día, un telegrama comunicaba a Mario la muerte de Santiago. Mario se extrañó mucho. También se extrañaron los del Comité de Etica, que pidieron a la viuda del doctor permiso para hacerle la autopsia, y si no, se haría por orden judicial. Al hallarle las extrañas raíces reanudaron la investigación de "Clonatrón" y encontraron en los archivos algunas notas sobre el proyecto oculto del dr. De las Heras,

pero la mayoría de los informes se encontraban en el laboratorio particular de Santiago. Los ayudantes de éste no sabían nada de los propósitos de su jefe, sólo seguían sus órdenes. Claro que les había extrañado lo de los genes humanos del cerebro y sangre, y más aún ver un esqueje plantado en una masa de cerebros de rata y sangre, pero el jefe es el jefe, y, por desgracia, a los dos les crecieron las raíces en el cerebro.

Fue una suerte para los del laboratorio que el Dr. De las Heras sacara la planta de "Clonatrón". No así para los vecinos y animales de Madrid y sobre todo de la zona nordeste de la sierra. La planta es realmente una suicida: asesina a su huésped; pero mientras esté viva seguirá matando y no queda más remedio que encontrarla y destruirla.

En el centro Zeta, Moira, la directora, había percibido algo cuando Santiago creó la planta asesina. Ahora lo sabía con certeza.

-Esa planta está en algún lugar de Madrid. No está sola y quiere salir de la habitación. No sé nada más. Delia, ¿tú percibes algo? -preguntó Moira.

Delia se concentró en la planta y liberó su mente de prejuicios y suposiciones.

-Ahora puedo ver la planta -comenzó a decir-. Tiene el tallo blanco, las flores grises y las hojas verdes. Está plantada en una masa grisácea y rojiza, parecen sesos. Hay dos plantas más, muy pequeñas, sin flores. La habitación está casi a oscuras, es una especie de trastero, muy cerrado, entra luz sólo por una rejilla que está en lo alto de la pared, casi en el techo. La planta grande está empezando a soltar una especie de polvillo, pero lo hace en una dirección concreta. Lo dirige hacia la rejilla y está saliendo al exterior. ¡Está expeliendo polen! -Delia abrió los ojos algo alterada.

La planta estaba arrojando fuera el polen. Podría haber más muertos.

-Los del Comité de Ética se pusieron en marcha hace días. Creo que pronto tendremos noticias suyas -comentó Moira.

En ese momento sonó el videofono directo de Moira. Lo activó.

-Buenos días, Moira -saludó David, el presidente del Comité de Ética Científica.

-Buenos días, David. Te esperaba -dijo Moira.

-Supongo que estás enterada de lo de la planta que puede crecer en el cerebro animal -dijo David.

-Sí -respondió Moira.

-Estaba investigando el asunto. En estos momentos, una comisión de investigación está interrogando al Dr. Andrada, el jefe del "Proyecto Superflora", pero yo diría que no sabe nada. Su colaborador principal, Santiago de las Heras, añadió una línea de investigación intentando cambios en el material genético de la planta que, además de muy impredecibles, podían resultar peligrosos, ¿sabes? Introdujo genes humanos del cerebro y sangre humanas en el conjunto genético de la planta, y luego plantó un esqueje en una masa de sesos y sangre de rata. Yo diría que se volvió loco y no supo parar a tiempo -dijo David.

-¿Tenía ansia de poder y fama? -preguntó Moira.

-Creo que sí. Alguna vez comentó que el mundo le debía el reconocimiento científico que él se merecía. En estos momentos, su familia prepara su cremación en la Almudena -contestó David.

-Es terrible -dijo Moira.

-Sí que lo es. Ahora, lo más importante es encontrar la planta. No sabemos dónde está. El dr. Andrada ni siquiera la ha visto. Parece ser que el Dr. de las Heras la sacó del laboratorio y la llevó a algún otro sitio. Suponemos que está en su laboratorio particular de la sierra, por las víctimas, ¿sabes? Hemos ido a su casa y su mujer no sabe dónde tiene el laboratorio, sólo sabe que está en algún pueblo de la sierra de Madrid. Santiago compró o alquiló un chalet por esa zona el mes pasado, pero nunca le dijo a su mujer dónde está concretamente; lo guardaba en secreto para trabajar en el mayor aislamiento posible, ¿entiendes?

-Pero el chalet ha de estar registrado en Hacienda. Supongo que lo habrá declarado al hacer la renta -añadió Moira.

-Nosotros también pensamos en eso, pero en Hacienda no tienen constancia de ningún otro bien inmueble que no sea su residencia habitual. Antes tenía un laboratorio allí, pero hace cosa de

diez meses que adquirió el chalet y se llevó todos los útiles del laboratorio de su casa -dijo David.

-No me digas que no ha hecho aún la declaración de la renta de este año -comentó Moira.

-Eso es, no la ha hecho -dijo David.

-Entonces, ¿qué pistas hay? -preguntó Moira.

-Las únicas pistas que tenemos son las muertes de las víctimas, que se reparten por todo Madrid de una manera más o menos constante. Sin embargo, teniendo en cuenta al ganado y a los animales muertos por las calles, la zona se reduce a Patones, Torremocha del Jarama o El Atazar. Es difícil precisar más -dijo David-. Pero el tiempo apremia. ¿Podéis ayudarme a encontrar la planta asesina?

-No hay problema -dijo Moira-. Delia la ha "visto" en un trastero o algo así, soltando polen hacia una rejilla por la cual entra algo de luz y, parece ser, también aire -dijo Moira.

-Me gustaría preguntarte algunas cosas, Delia -dijo David.

-Tú dirás -dijo Delia.

-Cuando visualizaste la planta, ¿había algo que indicara dónde está? -preguntó David.

-Bueno, la habitación no tiene ventanas, sólo un respiradero con una rejilla. Necesitaría concentrarme un poco más -contestó Delia.

-Cuando quieras -dijo David.

Ella se concentró y comenzó a visualizar mentalmente la habitación casi a oscuras. Había un ordenador sobre la mesa, una silla, otra mesa muy alargada con probetas, tubos de ensayo, un microscopio...; varias estanterías con más útiles de laboratorio; la planta fatídica sobre una estantería cercana a la rejilla; las dos pequeñas plantas a su lado; una puerta de seguridad cerrada a cal y canto; había también tres ratones blancos en una jaula muertos.

Delia fue describiendo lo que veía y cuando calló, David le preguntó:

-¿Puedes ver la cerradura de la puerta?

Delia se acercó a la puerta.

-No; sólo hay un teclado numérico al lado -respondió ella.

-Es una puerta de seguridad -comentó David-. Me pregunto si estará grabada la marca en algún lugar de la puerta.

Delia recorrió la puerta.

-En el teclado numérico hay algo,...un nombre: SORINGE, S.A.

-Bien. Tenemos algo. Gracias, Delia. Te dejo, Moira -se despidió David.

-Hasta luego, David -se despidió a su vez Moira.

La planta destroza cerebros se cobró nuevas víctimas en su zona de influencia. David, llamó personalmente a SORINGE, S.A. para hablar con el director de la empresa. Le informó de quién era y para qué le llamaba. Lo que pretendía era acceder a los archivos de los clientes de SORINGE, en particular al de un cliente llamado D. Santiago de las Heras. El director colaboró con David y pronto encontraron a Santiago en los archivos. Efectivamente, hacía 9 meses que le habían instalado una puerta de seguridad en un chalet situado en Patones. Rápidamente, el presidente del Comité de Ética Científica convocó una reunión especial a la cual acudieron la presidenta del Gobierno y el secretario, el presidente de la Comunidad de Madrid, la jefa superior de policía, el coronel de las Fuerzas Armadas y los miembros del Consejo de Estado. David dio información detallada de lo ocurrido y pidió a todos su colaboración. Decidieron que un miembro del Comité, Carmen García, saliera por televisión informando de que tenían ya localizada la planta y tranquilizando a la población. Un artículo sobre el asunto saldría, además, publicado en los periódicos de mayor tirada. Así se hizo y, por acuerdo del Gobierno, se ofreció cobijo a los residentes de la zona de influencia de la planta. El que quisiera podría cambiar de residencia temporalmente, y gratis, al hotel "Campoamor" del Barrio del Pilar. La policía registró las pertenencias del Dr. de las Heras en busca de la clave de entrada al laboratorio. Nada. Ni en su casa ni en Clonatrón. Quizá estuviera en el chalet.

Sin pérdida de tiempo, partió un helicóptero hacia Patones. Llevaba como tripulantes a David Camino, el coronel de las Fuerzas

Armadas y tres generales del cuerpo de "Misiones especiales" del Ejército Nacional. Iban vestidos con trajes especiales que creaban un circuito cerrado de respiración, semejante al de los astronautas. Al llegar inspeccionaron las afueras en busca de aberturas.

-Ahí -dijo David-, señalando una rejilla.

El coronel dio la orden y siguieron examinando las paredes por si había alguna abertura más. Después forzaron la entrada al chalet y entraron. La puerta de seguridad era completamente lisa y de aspecto metálico, pulido. En el lado derecho había un rectángulo con teclas numéricas en las que había que pulsar la combinación correcta con la cual la puerta se abriría. Este modelo de puerta daba opción a utilizar una clave numérica de 1 a 50 dígitos. Tras registrar a fondo el chalet, no hallaron la clave por ningún sitio.

-Tendremos que volar la puerta -dijo el coronel.

-Para hacerlo necesitamos un permiso del juez -dijo David.

-Lo pediremos -dijo el coronel.

-Puede tardar muchas horas -dijo David.

-¿Y qué sugiere usted que hagamos? -preguntó el coronel.

-Creo que deberíamos llamar al centro Zeta. Pueden ayudarnos -dijo David.

-¡Ah, sí! Parapsicología, brujerías -dijo el coronel.

-Lo dice usted despectivamente, coronel. Los del centro Zeta nos han ayudado en varias investigaciones y se sorprendería usted de los resultados -dijo David.

-Si quiere usted, llámelos, pero no descarte el hecho de volar la puerta -dijo el coronel.

-Podemos hacer una cosa. Mientras usted consigue la orden de volar la puerta, yo voy llamando a Zeta, ¿de acuerdo? -dijo David.

-¿Se toma esto como un desafío, Camino? -preguntó el coronel.

-No es eso, es que no podemos perder el tiempo -respondió David.

-De acuerdo. Lo haremos así -dijo el coronel.

David Camino llamó a Moira, la directora de Zeta.

-Hola, David, ¿algún problema? -preguntó Moira.

-Hola, Moira. Así es, no sabemos la combinación de la puerta de seguridad. El coronel propone volar la puerta. Yo no digo que no, pero necesitamos una orden que puede tardar demasiadas horas y volar esta puerta no va a ser fácil, posiblemente destrozará parte de la casa. Total, que me pareció buena idea llamarte por si se te ocurre alguna otra cosa -dijo David.

-Creo que Jasón os ayudará a abrir esa puerta -dijo Moira.

-¿Jasón? Ese es el que sabe para qué se ha usado un objeto y cómo usarlo sin haberlo tocado, ¿no? -preguntó David.

-Ese mismo. Puedes mandar a alguien a buscarle -dijo Moira.

-Estupendo, podemos intentarlo -dijo David.

Enseguida llegó a Zeta un helicóptero para llevar a Jasón a Patones. Le ofrecieron un traje especial.

-Este traje es para que se lo ponga usted enseguida -le dijo un general.

-Claro. Me protegerá del polen, ¿verdad? -preguntó Jasón.

-Creemos que sí -respondió el general.

-Me dijo Moira que se trata de abrir una puerta de seguridad -dijo Jasón.

-Así es -dijo el coronel.

-¿Sabe de cuántos dígitos es la clave? -preguntó Jasón.

-El teclado permite combinaciones de hasta 50 dígitos -dijo el general.

-Puede ser una larga combinación -dijo Jasón.

-En el caso de que usted no lo consiga, volaremos la puerta. O puede que la volemos de todos modos -dijo el general.

-Yo haré lo que pueda. Después de todo no es más que un número detrás de otro, ¿sabe? -dijo Jasón.

-Claro, claro -dijo el general.

Jasón sabía que el general no confiaba en su método de abrir puertas, pero él sabía que sí era posible.

Una vez en el chalet, Jasón se quitó un guante y puso la mano derecha sobre el teclado, se concentró en él y tecleó: 20092134, la fecha de nacimiento de Santiago de las Heras. David iba apuntando los números. Pero la puerta no se abrió. Jasón continuaba concentrado; repitió la secuencia anterior y continuó tecleando

7421627809: el número del carnet de identidad del doctor. Antes de pulsar "Enter", Jasón continuó pulsando números: 776660069. David le recordó los números que había pulsado: 2009213474216267097766600 69. Jasón pulsó "enter". La puerta se abrió.

-Bien hecho -le dijo David.

Iluminaron el laboratorio con las linternas. La descomposición de los cerebros de los que se alimentaban las plantas era avanzada y el hedor hubiera sido insoportable de no ser por los trajes.

La vieron allí, sobre la estantería, bajo la rejilla, con el tallo y las flores grises y las hojas verdes. La planta no estaba expeliendo polen, quizá por la falta de luz, pero al poco de iluminarla con las linternas, comenzó a salir polvillo de sus flores.

-Hay que encerrarla en la bolsa y arrancarla de la maceta -apresuró David.

-Adelante -ordenó el coronel.

Los generales taparon las flores y el tallo con la bolsa opaca y tiraron de la maceta. Las raíces presentaban un aspecto ensangrentado y viscoso. Arrancaron también los esquejes, cerraron herméticamente la bolsa con las plantas y las macetas dentro y salieron de la casa.

-Bien. Ya las tenemos -dijo David-. Vamos ahora al hospital.

David se refería al hospital "María Ibarrutia", que cuenta con un horno "Vulcano", de alta temperatura y filtros orgánicos especiales, que se usa para quemar el material de desecho del hospital.

Aterrizaron en el helipuerto del "María Ibarrutia" y se dirigieron al horno "Vulcano". Tras colocar en él la bolsa hermética, el técnico ajustó los mandos del horno, lo puso en marcha y las plantas fueron, por el bien de todos, destruidas.

Carmen Montero

[1] Superconductor: que presenta conductividad.

Superconductividad: fenómeno que presentan ciertos metales cuya resistividad eléctrica es prácticamente nula por debajo de cierta temperatura.

Resistividad: resistencia de un conductor.

Resistencia: fuerza que opone un material al paso de una energía o fuerza a su través.

LOS HIJOS DE PUTA

La mierda que no se come no sabe mal. Hay alguna gente que está tan orgullosa de sí misma que no ve más allá de su propio egoísmo y considera al resto del mundo algo parecido a ellos pero sin la capacidad de sacrificio y de actuación que ellos tienen, este tipo de hombres no cree en la mala suerte, no cree en la injusticia, ni en las desigualdades, para ellos el mundo es justo, duro pero justo, hay que trabajar y todo llega, no hay que darse nunca por vencido. Ni siquiera son hombres hechos a sí mismos, pues el hombre que se ha hecho a sí mismo conoce la suerte que tiene y lo injusto y desigual que puede llegar a ser el mundo. No, este tipo de hombres vive por encima de sus posibilidades intelectuales, algunos son meros sicarios, otros son políticos, otros se llaman a sí mismos empresarios. Carecen de algo de lo que no debe prescindir ningún biennacido, comprensión de las limitaciones del mundo para ser totalmente justo. No toda la gente es de los que no quieren, también existen los que no pueden, los que no pueden andar porque no tienen piernas, los que no pueden vivir o empezar a hacerlo porque carecen de recursos y los que han hecho cosas como nacer en el sitio adecuado, tener el padre adecuado, poner el culo de la manera adecuada... Estos hombres son los hijos de puta, gente que no valora lo que tiene porque nunca lo ha perdido, que no siente por los demás lo que siente por ellos mismos. Antes de decir:

"Panda de vagos, poneos a trabajar"

"Los jóvenes de ahora sólo piensan en divertirse"

"Moro mierda"

"Negrata asqueroso"

"Me la follaría"

"Será pringao el tío"

"Es un pobre hombre"...

Deberían pensar que hablar de gente como ellos pero sin la mierda egocéntrica e infantil que rodea su estúpida petulancia, malditos hijos de la puta vida, reíos de la vieja muerte.

Cualquier persona puede acabar viviendo cualquier situación que haya vivido cualquier otra, lo único que necesita es un leve giro de la caprichosa secuencia de relaciones y hechos que es nuestra vida y todo puede pasar. La aceptación de esta horrible incertidumbre es lo que nos debe alejar de cualquier sentimiento de superioridad, todos jugamos a lo mismo, aunque algunos crean que juegan a vivir absolutamente todos jugamos a morir.

Mariano Cortoporlosano

Lo único que verdaderamente merece la pena de esta vida debes sacarlo de dentro de ti mismo.

¿DÓNDE QUEDA LA ESPIRITUALIDAD?

He cambiado y no siento necesidad de demostrarlo con palabras. Tengo nuevos sentimientos, nuevas percepciones y serán éstos los que hablen por mí.

He estado retirado durante unos meses. No había desaparecido como comentaban algunos. Buscaba quimeras, como dice el bueno de Gazpachito, mi ingenuo y querido amigo, pues me buscaba a mí mismo. Y, aunque no me he encontrado, sí que he descubierto un nuevo espíritu dentro de mí.

¿Habláis de revoluciones? Pues, ¿qué os parece la mía? Han cambiado mi corazón y mi alma. ¿Podéis imaginar revolución mayor? Pero mi revolución no importa. Aunque me pregunto si valen de algo las demás revoluciones. Porque, ¿cuál es el lugar que ocupa la búsqueda de la felicidad en todas esas revoluciones de lo material que tantos se empeñan en forzar?

No se puede buscar la felicidad material. Estos meses de retiro en las altas montañas de los Alpes tiroleses -después de una breve y reveladora visita de carácter turístico al mágico y misterioso Tibet- me han abierto los ojos. Sólo en lo espiritual reside la felicidad. ¡Cuanto sabían nuestros viejos místicos del siglo XVI! ¡Cuán cerca estuvieron de la perfección! De nada sirven el dinero o el poder, de nada el deseo de satisfacer las bajas pasiones o la simple curiosidad. Lo único verdaderamente importante es cultivar el espíritu, mejorar y completar el alma. Hoy me siento pleno. Después

de unos meses de introspección, ayuno, abstinencia y soledad, me he descubierto de nuevo o, mejor dicho, me he descubierto por primera vez, pues el yo que hoy habita mi cuerpo me era desconocido hasta este día. Dejad la mente en blanco, orad en silencio, hincad vuestras rodillas sobre el suelo durante unas horas de meditación. Ésa y no otra es la felicidad. Aún no levito, pero me siento flotar, casi me desprendo de mi cuerpo y siento como mi cerebro es capaz de despegarse del cráneo para lanzarse a alturas de increíble enormidad filosófica. ¡Ahora comprendo a mi viejo antepasado Wifredo estilita! Hasta mi madre, con su cristianismo santero y simplón estaba más cerca que yo del Uno, del verdadero Absoluto. Ahora sé que no hay nada más importante que encontrarse a uno mismo y ponerse en paz con el infinito. Y esa búsqueda debe empezar por uno mismo.

Seguid mi consejo. Meditad y orad. ¡Quién quiere cambiar el horrible mundo externo! Cambiad vuestra alma, es más sencillo y placentero.

Y, por si alguien quiere seguir mi ejemplo, os diré cuál es mi sistema para acercarme al nirvana, a la verdadera paz interna. La meditación ha de ser sincera y profunda. Nadie debe acercarse a ella sin convicción. La meditación es un acto complejo y exige sacrificio. Esta es mi forma de meditar, de buscar mi yo en el centro de mi mente:

RECETA DE LA MEDITACIÓN TRASCENDENTAL

Ingredientes: individuo completo (cuerpo más alma), fe, voluntad, sentido del equilibrio y buena voz.

Preparación: Póngase el sujeto en agachadillas (como si situado en el campo fuera a aliviar alguna necesidad mayor) apriete las nalgas sin dejar que el proceso llegue a su fin. Contenga la respiración y alce los dos brazos en cruz con las palmas de las manos hacia arriba. Levante la pierna izquierda tensa y recta por delante del cuerpo y sin perder la postura. Con la pierna en alto, proceda a doblar ambos brazos por encima de la cabeza hasta que las manos queden un palmo por encima de ambas orejas -cada mano sobre la oreja de su lado correspondiente-. Entonces se flexiona el dedo corazón de cada mano haciéndolo coincidir con la punta del dedo pulgar correspondiente mientras los otros tres dedos de cada mano se

tensan y estiran. Es el momento de cerrar los ojos y concentrarse, dejando brotar de lo más profundo de nuestras gargantas un grito susurrado, un potente aunque contenido "Ommmm" gutural que nos traerá la relajación y nos pondrá, finalmente, en contacto con el nivel espiritual, con el yo más íntimo.

Posología: repetir durante al menos seis horas cuantas veces sea necesario hasta alcanzar la paz interior.

Volveréis a saber de mí y de las nuevas enseñanzas con las que estoy dispuesto a cambiar vuestras vidas tanto como ha cambiado mi vida.

El nuevo Narciso de Lego

¿REVOLUCIONES? NO, GRACIAS

Los hombres acostumbramos a ser muy brutos. Por eso nos dividimos en conservadores y progresistas como si ambos términos fueran excluyentes, porque para nosotros no suelen existir términos medios. Así que si tú, lector, te cuentas entre los de la primera categoría, habrás hecho un gesto de aprobación ante el título, mientras que si eres uno de los segundos, tu mueca habrá sido de desagrado. Lamento tener que desilusionaros a ambos en los próximos párrafos.

Para empezar dejando bien claros dos puntos, voy a decir en seguida mis dos convicciones principales: el cambio es absolutamente deseable y necesario y, sin embargo, pienso que las revoluciones son tan inútiles como perjudiciales. Y, desde mi punto de vista, no creo estar diciendo ninguna barbaridad.

Tras declarar estos dos axiomas fundamentales de mi propia lógica, se hace inexcusable una explicación. Pues a ella vamos:

El mundo, nuestro mundo, es imperfecto. Sin duda, puesto que nosotros también lo somos y se nos puede considerar los últimos responsables de nuestra insatisfacción. Cualquiera que diga que nada debe ser cambiado y que el estado actual de las cosas es el más deseable es un perfecto pazguato. Por muy imbécil o egoísta que uno sea no puede negarse algo tan objetivo como que los problemas abundan. ¿Acaso no hay hambre en el mundo?, ¿no hay paro?, ¿no hay guerras?, ¿no hay pobreza y miseria?, ¿no hay abusos de poder?, ¿no

hay gente que explota a sus vecinos?, ¿no existen la violencia y el odio?, ¿no estamos destrozando nuestro planeta?, ¿no mueren a cada momento cientos de personas y multitud de seres vivos ajenos a nosotros mismos pero víctimas de nuestras obras?, ¿no hay enfermedades?, ¿no hay dolor?, ¿no hay delitos e inmoralidad?... Podría seguir con la lista si no indefinidamente sí al menos durante muchos párrafos más. Pero, evidentemente, no voy a hacerlo puesto que no hay necesidad de ello. Cualquiera sabe de sobra que todas esas preguntas tienen una respuesta afirmativa y hacen pensar que nuestro mundo necesita una mejora. Si algún lector no está de acuerdo conmigo y cree que todos esos problemas son inevitables o necesarios para el buen funcionamiento de las cosas está en su derecho a pensar así, pero yo le aconsejaría visitar con urgencia al psiquiatra, porque tal vez los desarreglos estén en su cabeza antes que en el mundo.

Habiendo dejado claro que el mundo puede y debe ser mejorado creo poder afirmar que ser conservador -a ultranza y por principio- es una soberana estupidez. Todos estamos de acuerdo en que hay que conservar todo aquello que sea bueno y bello y aferrarse a la tradición cuando ésta cumpla ambos requisitos. Pero es ridículo fomentar la conservación de aquello que favorece la injusticia o la destrucción. Creo que nuestros modos de vida actual son contrarios, en muchos aspectos, a la belleza y la bondad. Aferrarse al actual estado de las cosas pensando que todo va bien o que de otro modo no podría ir mejor es sólo un signo de estupidez y egoísmo. Aquello de más vale malo conocido que bueno por conocer sólo es una excusa de aquél que, favorecido por la fortuna, tiene miedo a perder algo de lo adquirido.

Tras exponer estas ideas, supongo que una palabra habrá acudido a la mente del lector: progreso. Si el mundo no es perfecto y hay cosas que se pueden y deben mejorar es necesario luchar por cambiarlas, por hacerlo progresar. Obviamente el mundo no cambia con palabras, no solamente con ellas. Es necesaria la acción, son imprescindibles los hechos... ¿Las revoluciones? Creo que no, que las revoluciones no. La razón es muy simple. El cambio no tiene por qué ser algo bueno en sí mismo. Será bueno si conduce a un progreso real,

a una situación más favorable que la de partida. Lo estúpido es confundir cambio con progreso, que es, precisamente, lo que suele ocurrirles a los progresistas.

Ahora creo que se hace necesario incluir un apunte más. Una vez que uno se ha convencido de la necesidad del cambio, es harto frecuente que vea la necesidad de pasar a la acción. Los hombres tenemos suma facilidad para destruir aquello que ya está hecho. Lo malo es que a la hora de construir no somos tan eficientes. La razón es que la destrucción es posible sin razón, mientras que la construcción sólo tiene sentido si se hace racionalmente y ahí reside, en mi opinión, una parte importante del problema de las revoluciones. Es posible y hasta deseable que cada revolución de las que han ocurrido en el mundo haya sido dirigida por un ideario, en apariencia racional y coherente. Pero una vez metidos en faena es muy frecuente que la acción supere a cualquier razón y que la revolución desemboque en desorden y caos, en destrucción sin más a la que, ineludiblemente, sucede un nuevo estado de las cosas que sólo ha sustituido las viejas esclavitudes por otras nuevas y unos nuevos amos. Creo, sinceramente, que el germen del fracaso que casi todas las revoluciones llevan en su seno no está en lo adecuadas o inadecuadas que sean las ideas que las promueven, sino en que esas ideas van muy por delante de los hombres que las creen defender. Y es que el hombre cambia muy despacio, evoluciona demasiado lentamente en relación con las complicaciones que van adquiriendo las sociedades humanas.

Ahora bien, falta definir qué entendemos por revolución. Creo que el lector estará de acuerdo con una definición simple y que, a bote pronto, solemos relacionar con el término revolución: un cambio social brusco y drástico. Por brusco entendemos que tarda varios meses o años en producirse, no mucho más. Pero, ¿cuántas revoluciones han tenido verdadero éxito a lo largo de la historia? En mi opinión sólo la Francesa y no de un modo completo. Éxito porque supuso un verdadero cambio social que ha llegado hasta nuestros días. Incompleto porque sufrió acelerones y frenazos según los gobiernos. A fin de cuentas muchos de los avances de la Revolución Francesa sólo han sido asimilados por las sociedades, y no por todas ni de un

modo completo, a lo largo de los dos últimos siglos. Las demás revoluciones que mencionamos en la historia o bien han sido completos fracasos -revolución bolchevique, totalitarismos fascistas- o no han sido verdaderas revoluciones, sino el resultado de una evolución lenta, progresiva e inevitable -revoluciones neolítica, agrícola, industrial- que han durado muchos años y que han supuesto cambios reales en la sociedad y en el modo de vida de la gente. Es decir, que han sido verdaderos cambios progresivos.

Y ese es el siguiente punto al que quería yo llegar. Porque la gente no cambia bruscamente como los revolucionarios pretenden que lo haga la sociedad. El hombre cambia muy despacio, evoluciona muy despacio. Si la forma de pensar no cambia, si los modos de actuar de los hombres están programados de algún modo -por los genes o por su educación-, ¿qué posibilidad de éxito pueden tener nuestras bonitas revoluciones? Me parece obvio que ninguna. Si la Revolución Francesa fue en cierto modo exitosa no fue en cuanto a revolución, sino en cuanto a que sirvió para dar entrada oficial a aquellos cambios sociales acumulados durante los últimos siglos. Está claro que a finales del siglo XVIII el feudalismo era un sistema anticuado para manejar los asuntos de las complejas sociedades europeas del momento. De modo que primero fue el feudalismo el que se mostró obsoleto y la revolución sólo sirvió para acelerar los cambios que ya estaban en el aire. Lo cual es, precisamente, lo contrario a lo sucedido en otras revoluciones fracasadas. El hombre no ha cambiado tanto en los dos últimos siglos, desde la Revolución Francesa, como para asimilar los bruscos cambios que los revolucionarios proponían. Si el hombre no ha cambiado de antemano, si no ha asimilado la necesidad del cambio, de nada sirven las revoluciones. Pero entonces, ¿cómo lograr el progreso que tan necesario creemos? ¿Habrá que esperar mil años para que la gente asimile un cambio? Quizá sea así, por duro que nos resulte asumirlo. Pero tampoco es necesario esperar mil años para hacer una revolución. Es más, el cambio no requiere revolución. ¿Qué necesidad hay de añadir el prefijo que dobla el esfuerzo de la sociedad? Buscamos el cambio, no el recambio. ¿Por qué pretendemos la revolución antes que la evolución? No lo sé, pero la evolución social es inevitable y me parece el mejor camino para el cambio, para un

cambio lento y progresivo pero inevitable. Por eso no entiendo a los conservadores, porque son ellos los que suelen frenar el cambio y acelerar las revoluciones, tan frecuentemente desastrosas.

Solemos confundir causas y consecuencias. Pensamos que las revoluciones son causa de cambios desastrosos y suponemos que lo mejor para evitar el desastre es evitar el cambio. El fracaso de una revolución parece justificar el apego a sistemas obsoletos e injustos. Me parece que es justamente esto lo que ha sucedido en el mundo capitalista tras la caída del Muro de Berlín. Creo que eso es un error. Creo que hay que permitir que se produzcan los cambios sin ponerles trabas, pero tampoco acelerándolos. Lo que tenga que cambiar lo hará, antes o después, ¿por qué no dejar que suceda a su debido tiempo? Y, en todo caso, si queremos manipular el progreso, mejor acelerarlo si es posible. Pero no con la revolución, no con el cambio drástico favorecido por las armas y la destrucción de la sociedad existente. Quizá para favorecer el progreso habría que conseguir que la gente estuviera más dispuesta a la novedad, al cambio, a lo racional y también lo emotivo, pues no se puede desligar la razón de los sentimientos. Y creo que entonces el progreso depende, antes que de otra cosa, de la educación de las personas, de su tolerancia, de la voluntad de avanzar, y no de las revoluciones. Y creo que, en los últimos decenios, hemos hecho bien poco por cambiar las expectativas y la cultura -la de verdad- de la gente, por llevar a cabo una verdadera revolución -o evolución- del corazón humano, favoreciendo por el contrario el inmovilismo, la autocomplacencia y el propio egoísmo.

No, no vamos por el buen camino. Si el cambio es necesario, revoluciones no, gracias, evolucionemos, de una buena vez, tratemos de ser, de hacernos íntimamente diferentes.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SÓLO PALABRAS

A de amigos
M de millones
O de océano
R de realidad

Si juntas las letras mayúsculas, leerás AMOR: una palabra más.

Amigos, millones, océano, realidad y amor.

Palabras.

Las palabras son sólo palabras, y se las lleva el viento.

Los hechos son los que cuentan.

Di 1000 palabras y no hagas nada.

Bla, bla, bla; sólo palabras.

Hechos.

Los hechos son más importantes que las palabras.

Las palabras existen porque existen los hechos.

Los hechos pueden existir sin las palabras.

Di: "Voy a comprarme unos zapatos".

Pero no lo hagas.

¿De qué te sirve decirlo? Tú sigues sin zapatos.

Di: "Tengo el título de Ingeniero de Caminos".

Pero en realidad no lo tienes.

Entonces, estás mintiendo.

Se pueden decir muchas cosas: verdades o mentiras.

Di: "Me gustas".

Bueno, eso está por ver.

Puedes decirme: "Te quiero".

De acuerdo, son dos bonitas palabras.

Pero recuerda: los hechos son más importantes que las palabras.

Carmen Montero

IMPOSIBILIDAD DE LA IMPRIMICIDAD

Tengo el gusto de incluirles en este número uno de mis escasos estudios fallidos que, aprovechando el presente tema de su revista, puede servir como ejemplificación máxima de lo que el deseo de cambio puede provocar en nuestra decadente, por cuanto que es permanentemente cambiante, sociedad.

No me considero persona proclive a revoluciones ni modificaciones coyunturales de situaciones largamente estables y, seguramente, apetecibles. Soy conservador, a qué negarlo. Pero, como

todos los ilustres mortales del orbe, tuve durante mi juventud algunas ínfulas revolucionarias. Como nunca he sido demasiado efusivo en mis actos, mis revoluciones no se circunscribieron jamás al loco mundo de las voces y los gritos -salvajes sinónimos del necio progresismo que en sucesivas y odiosas oleadas tiende a invadirnos en épocas de bonanza económico-social y aburrimiento de la juventud patria-, sino al más abstracto y obtuso mundo de las elucubraciones matemático-aritméticas. Mi intento de revolución -a qué aplazar por más tiempo el tan esperado anuncio- afectó a la parcela de los números primos, fascinante mundo, cifras siempre impredecibles y, por tanto, ya entonces para mí un tanto odiosas por su imprevisibilidad. Mi único deseo, que por un tiempo creí posible, fue el de eliminar del conjunto-espacio de los números naturales o enteros positivos así como del no menos preciso mundo de los números reales, aunque como subconjunto del mismo, a los incómodos números primos o divisibles únicamente por sí mismos y por la unidad. Ya lo he anunciado y lo confieso nuevamente: fracasé estrepitosamente. Hoy me avergüenzo de mi fallo y de mi necedad. Espero que mi error sirva a las nuevas generaciones de ejemplo: aquello que se conserva en nuestros días, permanece porque el tiempo y el uso lo han justificado. No es el caso de los números primos; que son primos per se y no de facto. Por eso mismo imposibles de anular, tarea que intenté en mi bisoñez. El raciocinio conduce al saber; el cambio no es racional. He dicho. Pero, pese a mi actual raciocinio, ¡qué lástima no haber podido celebrar mi soñado éxito con aquella hermosa barra de cantimpalos que ya tenía prevista para la ocasión! Yo también era un joven apasionado. Por eso puedo comprender a los alocados imberbes de nuestros días, lanzados como púberes en pos de quimeras irrealizables; quizá convencidos por hombres de mala fe y anarquistas sospechosos de querer destruir todo el dificultoso orden con tanto esfuerzo hasta ahora alcanzado.

Pero dejémoslo; no quiero hablar de política, sino de primos. Al menos me queda el consuelo de haber extraído de este primigenio estudio los conocimientos necesarios para realizar mi posterior obra acerca de la paridad en las ruletas (ya incluida en mi primera colaboración en la presente -y odiosamente cambiante- publicación).

Si quiero ejemplificarles aquí mi estrepitoso fracaso no es por morbo o masoquismo intelectual. Los ejemplos sirven para invitar a la razón e impedir futuros desastres obra de la inexperiencia o imprevisión. Tengo la absoluta convicción de que el cambio, de modo habitual, conduce a la ruina. Si no, obsérvese nuestro mundo decadente. ¿Qué fue de tantos imperios del pasado? ¿Qué de nuestro glorioso Imperio Hispano que se extendía a todo lo largo del orbe? ¿Qué lo destruyó sino el ansia de cambio, de difuso progreso? (En relación con nuestro Imperio consúltese mi obra "Tabaquismo y ruina", ensayo en tres volúmenes de 614 páginas cada uno donde analizo escrupulosamente el nefasto efecto que tuvo la llegada del tabaco a nuestro país tras el descubrimiento del nuevo mundo: ¿acaso no coincidieron en el tiempo la entrada del tabaco y la decadencia tras nuestro glorioso Siglo de Oro? Aquéllos que discrepen conmigo de que la llegada del vicio socavó los cimientos del Imperio pueden leer los tres volúmenes, plagados de datos y comparaciones, como la posterior ruina del Imperio Británico durante nuestro siglo, obrada de un modo más lento por idéntica causa, acompañada de otras modernidades, o la moda estadounidense de luchar con vehemencia sin igual contra el tabaco, prueba de que aquel pueblo semianalfabeto pero tremendamente práctico ha visto en los pitillos la semilla de su futura caída. Pero, en fin, no seguiré entreteniéndome en tema tan interesante por cuanto no es el centro de mi digresión).

Quería hablarles de primos y a ello me lanzo. Joven como era y he dicho, tuve la brillante idea de eliminar de las matemáticas los odiosos números primos. Hay otros números que me son odiosos -basten como ejemplo los irracionales- pero los primos se contaban -y aún se cuentan- entre los que me sacan de mis casillas. Uno puede establecer una serie de números utilizando principios sencillos. Es muy simple reconocer y prever cuáles son los números pares o impares, los múltiplos de 5, aquéllos divisibles por 3 ó los hermosos números capicúas, pero los primos, ¡ay, los primos son del todo impredecibles!

Uno empieza alegremente a enumerarlos: 1, 2, 3, 5, 7. La cosa parece sencilla. Pero enseguida se nos complica hasta el límite. ¿Cómo saber si el número 117 es primo o no? ¿Qué patrón regula su

aparición? ¿Cómo identificar de un vistazo un número primo de 3 ó más cifras? Sencillamente imposible (o a mí me lo parece; si alguien conoce el método ruego que me lo transmita, desde aquí y ahora instauro el premio Gazpachito Grogrenko de Chorizo a quien dé con la fórmula para predecir los primos, consistente en chorizo con medalla -chapa-, cordel y tripa para el glorioso descubridor). Cuestión imposible, digo, y que me hizo volver loco durante mi juventud.

¿Cómo abordé tan complejo tema, se preguntará el lector? De un modo inocentemente simple -que, no obstante, dio sus frutos en el estudio de la paridad ruletil-. Sin más, me lancé a elaborar una aritmética sin números primos. El 1 dejó de ser un número en mis matemáticas. Igual pasó con el 2, con el 3, con el 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29... La primera dificultad estribaba en la infinitud de los números primos. Además de aborrecibles eran interminables. La segunda dificultad, aún más insalvable que la primera, fue de otra índole. Mi nueva serie de números naturales comenzaba en el número 4 y proseguía con el 6, el 8, 9, 10, 12, 14, 15... Pero, ¡horror! Si el primer número era el 4 resulta que ahora sólo podía dividirse por si mismo e igual le sucedía al 6. Se habían convertido en unos, y ahora tenía 2 en lugar de sólo 1. El 8 era divisible por sí mismo y por el 4. Ahora el 8 era un número primo. El 9 era un nuevo 1. El 10 también. El primer número no primo era el 12, divisible por 4 y por 6, aunque, ¿cuál era el resultado de esas supuestas divisiones que yo me proponía realizar? La división de cualquier número por sí mismo era imposible porque daba un 1 real, un número que yo había eliminado del álgebra. Si dividía el 12 por 6 ó por 4 obtenía dos nuevos números imposibles. ¡Era una auténtica locura! No sólo no había eliminado los números primos sino que había inventado nuevas categorías de números, indivisibles o difícilmente operables, igualmente impredecibles. De modo que hube de resignarme y conservar el odioso legado de los números primos como hicieron en otros tiempos matemáticos más cualificados que un humilde servidor. Baste este botón como demostración de lo pernicioso que puede llegar a ser el cambio de todo aquello que ya está establecido. Nuestros mayores no son tontos. Aquello que nos han legado es el fruto de la sabiduría de muchas generaciones. Así que aceptad mi consejo, jovenzuelos

irracionales que pobláis el orbe dispuestos a ponerlo manga por hombro -sí Narcisito, esto va por ti, ¿qué has hecho de tu vida desde que sufriste tu insólita conversión a Dios sabe qué oscuras ideas?-, dejadlo todo tal y como está y no soñéis con imposibles mundos ideales. El cambio, os lo dice Gazpachito Grogrenko, erudito, sabio y anciano, nunca ha traído nada bueno.

Gazpachito Grogrenko
(solitaria luminaria del renacido CIP)

COMO DECÍA EL FAMOSO TORERO "EL GALLO"

Pues, ¿qué leches era lo que decía El Gallo que puede colocarse en una revista como ésta? Simple y contundente: "Lo que no puede ser, no puede ser, y, además, es imposible". Éste es, evidentemente, el punto de partida de mi ensayo. ¿Por qué? Porque me parece que son muchos los que ven imposibilidades por todas partes y se escudan tras ellas para justificar el lamentable estado de la mayoría de las cosas importantes de este mundo. No creo que sea siquiera resignación. Para que haya resignación ha debido de existir algún momento anterior de ilusión, quizá de pasión. Yo creo más bien que esta apatía es fruto de la comodidad, del inmovilista "¿para qué sirve hacer algo?".

La verdad es que el argumento es bastante fácil de defender. Somos tan poca cosa que nos sentimos incapaces de luchar por cambiar aquello que nos disgusta. Es más, pensamos que de veras es imposible cambiar la situación o, caso de hacerlo, el cambio alcanzado no nos lleva a un mundo mejor sino a estropear aún más el existente. Tenemos muchas muestras de ello. A lo largo de la historia siempre han existido soñadores e iluminados dispuestos a cambiar el mundo a su antojo. La mayoría de ellos no han pasado de ser pobres ingenuos sin voz ni medios para hacerse oír, menos aún para llevar a la práctica sus locas ideas. Otros, los menos, han podido llevar a cabo sus más alucinantes sueños y el resultado, en la mayoría de los casos, ha sido la catástrofe, individual, de un grupo de personas o hasta de un país entero. Entonces, a sus sucesores, sólo nos queda el argumento de que el mundo es así y no se puede cambiar. No porque no se deba cambiar o haya una verdadera imposibilidad material de llevar la mutación a cabo. Sino

porque no tenemos fuerza suficiente para hacerlo. El mundo es grande, lleno de gentes poderosas e intereses invencibles -económicos, sociales, religiosos, militares, de cualquier índole- que, como manos ocultas, se encargarán en cualquier caso de impedir nuestros miserables intentos de progreso. Y, además, cualquier cambio posible nos parece peligroso por destructivo. No en vano asistimos continuamente a la progresiva destrucción de nuestro ambiente social y natural. "Ya no hay valores", dicen algunos. Y puede que sea cierto, pero la resignación que siempre acompaña estos comentarios nunca puede ser la solución, sólo el modo más cómodo de aceptar nuestra insatisfacción. Lo que no puede ser, no puede ser, y, además, es imposible. Cierto, pero habría que comprobar si de verdad es imposible. Aceptamos la imposibilidad como axioma. Si he hablado antes de ingenuos soñadores -grupo del que quizá a mí también me gustaría formar parte-, ¿no habría que concluir que más ingenuos son los que aceptan sin más el axioma? Más que ingenuos yo diría que son imbéciles, porque su ceguera es peor que la de los ingenuos, ya que a éstos les quedan sus sueños y la utopía, tan real para quien cree en ella aunque sea imposible. No, el cambio no es imposible. Si algo ha de serlo que sea la resignación: ¡Muera la resignación!

No es mera utopía. Estamos obcecados en avanzar por un camino que, sin duda, es erróneo. Vivimos dentro del mundo capitalista y aceptamos que es el mejor de los posibles, el único viable. Y avanzamos por él, dificultando cada vez más la salida del sistema, dispuestos a continuar por el mismo camino hasta llegar a topar con un muro o un precipicio. Como no hay otra salida sigamos adelante aunque sepamos que nuestro camino es un callejón oscuro. Mi comentario puede parecer gratuito, pero el capitalismo no crea un mundo justo e igualitario, nunca puede aspirar a la felicidad de la gente -la ley de la selva, la lucha y la competitividad no son precisamente unos valores morales deseables- y, lo que es peor, no es razonable, porque, ¿en qué cabeza entra que para que la sociedad vaya bien la economía haya de crecer desmesurada e interminablemente? No es lógico y es imposible. Los recursos se acaban, o se esquilman y se destruye lo poco bueno que queda en el mundo. Y decimos que es inevitable porque sólo el capitalismo funciona. Pero, ¿qué otras muestras de posibles sistemas

hemos comprobado? Bien pocas. ¿Significa eso que el capitalismo es la única teoría viable para regir los asuntos de los hombres? Creo que no. Cualquier científico sabe que una aseveración de tal índole debe estar sujeta a la prueba de ensayo y error. Entonces, aunque aceptemos que, de momento, el capitalismo y su sierva la democracia -desvirtuada en cierto modo por esa servidumbre- son el único modo que conocemos de regir las sociedades humanas, ¿por qué hemos de resignarnos? Mejor seamos uno de esos soñadores que pretenden hallar la piedra filosofal de la felicidad. ¡Quién sabe! Tal vez yo mismo escriba algún día mi propia teoría acerca de cómo gobernarnos. Quizá el juanluisismo -o gobierno según Juan Luis- sea una imposible mezcla de anarquismo y democracia -haz lo que quieras mientras no fastidies al prójimo y ponte de acuerdo con él para hacer cosas importantes- o quizá sea cualquier otra idea o ninguna. Entonces podréis incluirme entre los ingenuos. Ojalá. Antes eso que ser un resignado más, peor aún, un converso a la resignación, uno de los resignados más peligrosos porque los nuevos fieles de una creencia son siempre los más puritanos y fanáticos, los que más luchan por evitar que los otros caigan en sus mismos "errores". Antes eso que admitir la imposibilidad. Antes dejadme con mis sueños. Dejadme creer en la utopía.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CONSENSO

Unas voces oscuras
hablan entre las espesuras.
Dejan pasar palabras
entre sombras tenebrosas.
La profundidad del miedo
no impide oír los sonidos
con la claridad del agua.
El pánico y la atracción
buscan un consenso
en la noche sin perfumes.
Vence la voz.
La palabra triunfa sobre el negro presagio.
Amanecer.

El amor se despereza
entre susurros cansados
y ojos somnolientos.
El bostezo ilumina la mañana recién estrenada.
Otro día nace
con sus sonidos
y con sus miedos
bajo los rayos del Sol.

Miguel Ángel Valero López

CUANDO YO ERA UN PELANAS

Troncos, no os quiero dar la murga con coñazos revolucionarios de los que ponen todos los tíos en esta revista. Ya deberíais de imaginar que a mí esto de las revoluciones me la trae floja. Vamos, como casi todo. Pero me han pedido que cuente algo y, leches, pues creo que sí que tengo una historia que contaros. Fue de cuando estuve liado con una panda de okupas. No os creáis que yo era okupa ni me molaban sus rollos. La vida de los okupas es una mierda. Por no tener no tienen ni agua ni luz. Una auténtica guarrería como os podéis imaginar. Lo que ocurrió fue que me colgué de una pava que era okupa y revolucionaria. Hablar con ella solía ser un coñazo, pero estaba la tía como el pan. Y eso a pesar de los harapos y de la cantidad de colgantes y colgajos que se ponía. Era más maciza y estrecha que la mayoría. Y mira que yo me pensaba que las okupas serían unas guarras, con eso de la libertad y el sexo libre, pero mira por dónde di con una okupa estrecha. Aunque creo que sólo lo era conmigo porque pensaba que yo era un niño pijo capitalista forrado de dinero y explotador. Y creo que su imagen de mí era correcta.

Lo que más me jode es pensar que a lo peor se lo montaba con sus coleguillas zarrapastrosos y a mí me tenía a pan y agua. Y bien cogido por los cojones. De verdad, creo que es una de las veces en que he estado más colgado de una tía. Por ella fui capaz de hacer auténticas locuras. Creo que en un momento de debilidad habría sido capaz de trabajar por ella, o de escribirle poemas de amor. Pero fue peor aún, por ella fui capaz de llegar al extremo en el que me vi. Sin más rodeos, que me hice okupa y me fui a vivir con ellos a su choza a la

que llamaban Centro Cultural, aunque también lo podían haber llamado Hotel Ritz u Hostal La Roña, que para el caso habría sido exactamente lo mismo. Y bueno, en realidad no me hice okupa. Me disfracé como ellos y pasaba bastante tiempo metido entre aquella gentuza, pero no lograron convertirme. Yo me iba a casa a comer y dormir y, si se terciaba, no tenía ningún reparo en seguirle dando sablazos a mi viejo el capitalista podrido de verdes. Pero vamos, que ninguno de aquéllos se llegó a enterar de que yo era un infiltrado. Ninguno salvo mi pibita, que ya sabía que yo era un pijo de mierda -o eso decía ella de mí- y no terminaba de tragarse mi conversión. La verdad es que no sé si entre aquella chusma no habría algún otro como yo. Tengo la impresión de que allí había también hijos de papá desencantados de la sociedad capitalista que habían decidido montarse la revolución junto con los anarquistas y demás pringados que querían cambiar el mundo.

La cosa es que los tíos éstos se lo curraban de lo lindo. Y hablo por experiencia. Cada vez que iba por allí estaban limpiando su pocilga, desescombrando, haciendo manualidades para venderlas y sacarse unas pelas o redactando unos panfletos idealistas más mal escritos que toda la leche y que contenían todo tipo de frases rimbombantes y mierdosas que sólo podían calar en cerebros putrefactos y llenos de hierba como los suyos. Siempre hablaban de las mismas gilipolleces y se las creían. ¡Querían los tíos acabar con la mitad de las cosas buenas para luego empezar de nuevo! Que si los empresarios son una mierda, que si los explotadores y los gobiernos que nos engañan, que si el machismo, la guerra y no sé qué más. La verdad es que nunca les oí decir nada bueno de la sociedad. Ni nada sensato. Creo que hasta yo soy más optimista respecto de este asco de mundo, incluso cuando mi padre me corta el grifo y no tengo ninguna pava con la que pelarla y consolarme.

El caso es que yo entonces no hacía mucho caso de sus chorradas pero les daba el bien va a todo, especialmente cuando estaba la chorba por medio. A todo le decía que amén. Cada vez que salía de casa me ponía el uniforme de hippie mugriento, llevaba unas barbas de éstas de guarro que eran la hostia, escuchaba su mierda de música, fumaba con ellos, escuchaba sus discursitos y hasta les ayudaba a currar y a redactar panfletitos. ¡Si hasta me pasé una semana ayudando

a la pibita a preparar carpetitas de papel reciclado para venderlas! Aunque de poco me sirvió.

A la tía ésta yo no la entendía. Nunca supe si era tan idealista como pretendía, si era gilipollas, si le iba el rollo lesbiano, si era frígida, si tenía ya algún rollo fijo con algún coleguilla o con todos ellos a la vez. Pero ya sabéis lo baboso e imbécil que puede llegar a volverse uno cuando se quiere trajinar a una tía.

Al final me cansé de insistir. De verdad, nunca he aguantado tanto comiéndome los mocos detrás de una tía. Pero de aquel tiempo, aparte de las chorraditas de su Centro Cultural, lo que mejor recuerdo fue la manifestación -la manifa como decían ellos-, del último día. Resulta que habían desalojado una pocilga -Centro Cultural- y toda la gente del movimiento -mira que a mí este término me suena todavía a eso del Glorioso Alzamiento- decidió manifestarse frente al caserón del que los habían echado.

No seríamos más de 1000 personas y yo estaba entre ellos junto a mi chorba. Decían que era un exitazo. A mí no me lo parecía. Menos aún cuando aparecieron los maderos. Eran los antidisturbios con las porras, los escudos y las pelotas de goma -igualito que se me pusieron a mí los huevos al verlos venir: blandos, flexibles y dando botes en los calzoncillos-. La manifestación no estaba autorizada y la gente no decía precisamente ternuras a los picoletos. Yo ya lo veía venir: pronto iban a empezar las hostias. A lo mejor alguno de vosotros se habría puesto en plan gallito para llevarse un par de sopapos delante de su chica y así ligársela con el rollo lastimoso romántico. Yo no. Una cosa es que la tía me pusiera a cien y otra muy distinta que me apeteciera cambiar de cara para que ella me llamara machote y me diera un beso en la mejilla, que no me esperaba mucho más. Como para entonces ya me estaba haciendo a la idea de que con la tía nada de nada, en cuanto vi a los maderos porras en ristre y comprobé que las hostias a los compañeros okupas eran de marca mayor, yo dije pies para qué os quiero y me largué de allí. Desde entonces no la he vuelto a ver a ella ni a los demás okupas. Un colega me dijo que la gente del Centro Cultural se había ido hace poco a otro sitio porque también a ellos los desalojaron. Así que la tía se debió de largar con los demás.

No os voy a decir que la he olvidado del todo. Ya sabéis que yo también tengo mi corazoncito, y eso de dejar marcharse a un polvazo como ella sin haberla catado no es precisamente un plato agradable. Por cierto, se llamaba Ainhoa. ¡Quién sabe! Tal vez algún día la vea de nuevo.

Por cierto, tal vez ella lea este bodrio algún día. Si es así, Ainhoa, si lees esta mierda y has dejado ya el rollo anarquista y te apetece llevar una vida de lujo junto a un podrido consumista como yo, no te olvides de llamarme. ¡Todavía estamos a tiempo de cabalgar juntos por la pradera!

Sergi Lipodias

MI RELACIÓN CON LA ZOFIA
(alegoría de muchas otras cosas)

Durante mucho tiempo llegué a pensar que todo el mundo conocía la zofia. Es más, sin confesármelo de un modo explícito, estaba completamente convencido de que la zofia era parte importante de la vida de cualquier persona. Por fortuna, he subsanado mi error a tiempo, de modo que espero aclarar en lo posible qué es aquello de lo que pretendo hablar a lo largo de mi relato. Ese error de concepción se debía tan sólo a un fallo de mi memoria. ¿No es verdad, acaso, que durante muchos años yo nunca oí hablar de la zofia ni llegué a pensar que ese término pudiera significar algo para mí? Pero el caso es que descubrí la zofia y ya todo cambió en mi vida.

Volvamos al principio de mi historia y desde ese instante todo cobrará un cierto sentido.

Para empezar, diré que nunca antes había salido de mi mundo. No es algo como para enorgullecerse, pero tampoco de lo que avergonzarse. Tenía veinticinco años estándar y era bastante ingenuo y un poco paleto, por qué no confesarlo. Para mí, entonces, cualquier individuo que hubiera viajado al otro lado del océano de mi mundo, Chusco, era un verdadero aventurero, la imagen del cosmopolita auténtico.

Justo entonces surgió la oportunidad de abrir las fronteras de mi mente viajando al espacio. No fue premeditado y, de hecho, en un principio me sentí asustado por lo que se me venía encima. El caso es

que perdí mi empleo, lo cual no me agradó en absoluto, pero tuve la fortuna de encontrar otro trabajo, mejor remunerado y con expectativas de promoción. Habría resultado mi trabajo soñado si no hubiera sido por un pequeño detalle que descubrí cuando ya había firmado el contrato: se exigía movilidad de los empleados. Yo no tenía ningún tipo de ataduras, pero me encontraba muy a gusto en mi mundo, en mi país, en mi pueblo y en mi casa, viviendo cómodamente con mis padres. No me apetecía lo más mínimo salir de mi ambiente. Pero eso no les importaba a mis jefes. Me nombraron representante comercial de sus productos y me mandaron, sin contemplaciones, al espacio, con el sencillo objetivo de buscarles clientes. La cosa, en apariencia, no era difícil. Mi empresa comerciaba en gemas. En rubíes, para ser más concretos. En mi mundo había muchos y se vendían bien. Ya he dicho el nombre de mi planeta, pero quizá este detalle por sí sólo habría hecho descubrir su identidad a algún curioso avispado. De todos modos, estos pormenores poco importan. Si los doy es sólo porque de algún modo debo centrar mi historia.

No me voy a poner a llorar. Aunque me costó salir de casa y aventurarme por los inseguros caminos del espacio, pronto me acostumbré a mi nueva vida. Un buen sueldo, la posibilidad de conocer nuevas gentes y costumbres, y la seguridad de que si trabajaba a buen ritmo pronto ascendería y conseguiría un puesto fijo en alguna cómoda delegación de cualquier mundo, me hacían afrontar mi porvenir con una clara sensación de optimismo.

Porque no quiero seguir dando detalles de mi vida, dicho esto, añadiré que nada de lo que me estaba sucediendo habría tenido verdadera importancia si no hubiera sido porque, en mi peregrinar de mundo en mundo, mi empresa decidió enviarme durante tres meses estándar al planeta Cataplasmia con el objeto de supervisar la expansión de nuestro comercio, abrir una oficina de importación de rubíes y contactar con los posibles clientes. Evidentemente, no me tuve que enfrentar en solitario a esta tarea, aunque sí que era el responsable directo del éxito de la misión.

De estas operaciones comerciales no quiero hacer más mención, pues poco interés tienen para mi narración. Simplemente, fueron la causa de que yo viviera durante tres meses en una miserable

pensión de Cojuncia, la capital de Cataplasmia, y de que conociera la zofia.

Si alguno de ustedes conoce Cataplasmia sabrá que allí el precio del alojamiento y la manutención es excesivamente elevado. No se trata de que haya falta de espacio, sino de recursos. Este mundo, de carácter semidesértico y minero, es relativamente pobre. En él hay pocos cultivos y pocas poblaciones humanas. Por tanto, buena parte de los alimentos son importados y los escasos hoteles y pensiones, concentrados en la capital y que no pasan de tres o cuatro, según las temporadas, parecen subsistir exprimiendo a los pobres incautos que se han visto obligados a pasar una temporada en este lugar dejado de la mano de Dios. Tampoco tomen mis palabras al pie de la letra. No es que Cataplasmia sea un infierno, pero no es, desde luego, un lugar demasiado agradable para vivir o trabajar. Confío en que a ninguno de ustedes se le ocurrirá la maravillosa idea de hacer turismo por allí.

En cuanto a mi historia y la relación de estos hechos con la zofia, baste comentar que la zofia tuvo su origen en Cataplasmia y, por la época en que estuve por allí, hace unos veinte años estándar, la zofia sólo era conocida en ese miserable mundo. Bien, pues tras estas palabras, creo que ha llegado el momento en que corresponde hablar acerca de Euménides Veri-Veri.

Este personaje es fundamental en relación con la zofia. Yo lo conocía, como a ella, como resultado de la misma casualidad (¿me atreveré a llamarla afortunada?). Rufus, un compañero de la empresa, natural de Cojuncia, fue quien me llevó hasta aquel miserable local regentado, como pude saber más adelante, por el bueno de Euménides. El señor Veri-Veri había tenido la audacia de abrir en ese lugar su novedoso local, cuyo nombre provenía de su especialidad, desconocida por aquel entonces fuera de las fronteras de Cataplasmia. Se trataba, cómo no, de la zofia.

La zofia era barata. Más aún teniendo en cuenta los prohibitivos precios del lugar. Mucha gente la tomaba ya en Cojuncia. Pero yo no la conocía. "Está buenísima", me dijo Rufus. Y como, hurgando en mis bolsillos, vi que no tenía mucho dinero, acepté su oferta dispuesto a comerme lo que fuera. Y resultó que la zofia consistía en una especie de gachas amarillentas y hediondas, de

aspecto viscoso e indefinido, como una papilla poco apetitosa a la vista y al olfato. Hice un mohín de disgusto. Rufus se dio cuenta y se rió. Tomó una cucharada de zofia, se la metió en la boca y la paladeó aprobatoriamente. Yo me lo pensé un instante e hice lo mismo. La zofia estaba fría, la harina de que estaba hecha era áspera al paladar y su sabor indescriptible. A pesar de su textura harinosa no sabía a cereales. Tenía un cierto regusto amargo, un tanto picante, pero no un sabor definido, no un gusto predominante. He de confesar que las primeras cucharadas no me resultaron muy apetitosas. El sabor no era grato a mi paladar. La textura de la primera cucharada casi me hizo vomitar, el sabor de la segunda me provocó una ligera arcada. La tercera la tragué sin paladear. La cuarta no me causó ningún malestar. Las gachas tampoco sabían mal del todo y, a medida que me las tomaba, les iba encontrando un cierto gusto agradable. La zofia era más apetitosa cuanto más se comía. Cuando terminé el plato, tuve que reconocer que me sentía saciado y sentía un cierto regusto dulzón en el paladar, no del todo agradable pero tampoco antipático para mis papilas. La verdad es que por el precio que había pagado por ella, la zofia no estaba demasiado mal.

No, la zofia no sabía muy mal. Ni tan siquiera para aquella primera vez en que no suele resultar agradable. Lo que ocurrió después, no sé si decir lo bueno o lo malo que sucedió, fue que volví a comer zofia. Rufus insistió en que debía probar de nuevo la zofia, pues entonces, según él, comenzaría a encontrarle el gusto. Debo confesar que, aunque no sentía un especial interés en repetir la experiencia, tampoco me opuse demasiado. A repetir no sólo me animaban los altos precios de cualquier otro alimento, sino también la consciencia de que la zofia no era tan mala como yo había supuesto en principio. Así que repetí. No sé si ahora debería decir que ese fue mi error o si se trató de mi máximo acierto. Rufus tuvo razón. La segunda vez que probé la zofia -las mismas gachas pálidas y malolientes- me gustó de verdad. Así que la tomé en una tercera ocasión, ésta por propia voluntad, y ya no pude negarlo: la zofia me gustaba más cuanto más la probaba.

No sabría decir si la zofia es un alimento del todo completo. No ha de ser demasiado malo puesto que una persona puede mantenerse en un estado aceptable de salud a base de zofia y poco

más, digamos algún que otro zumo o un complejo vitamínico. Pero está claro que quien prueba la zofia repite y quien repite está perdido. Al cabo de ocho o nueve platos de zofia yo mismo tuve que confesarme la triste evidencia: me gustaba tanto la zofia que no me sentía capaz de renunciar a ella. Nunca he hecho la prueba desde entonces. Por fortuna no me he visto en necesidad de prescindir de ella para comprobarlo, pero estoy casi seguro del carácter adictivo de la zofia, equiparable o superior al de cualquier otro tipo de droga. Entonces yo no sabía si la zofia contenía algún compuesto que crease esa dependencia, pero me habría horripilado pedir un plato de zofia y que el camarero me hubiera dicho que no quedaba.

Desde que hice aquel trascendental descubrimiento de la zofia, debo confesar que mi estancia en Cataplasmia, concretamente en Cojuncia, tan cerca del local de Veri-Veri como podía desear, me resultó muchísimo más grata. El trabajo y el aislamiento eran un mal menor. Todo se olvidaba frente a un buen plato de la exquisita zofia, manjar, a mi parecer, de los propios dioses. A lo largo del día no pensaba en otra cosa que en mi apetecido plato de gachas amarillentas. Mientras trabajaba, me bastaba rememorar su aroma para encontrar las fuerzas necesarias para concluir cualquier tarea, por pesada que fuera. La recompensa de un buen plato de rica zofia me esperaba una vez concluidas mis obligaciones. Fue en aquel tiempo, precisamente, cuando empecé a desarrollar la hermosa barriga que desde entonces hasta ahora siempre me ha adornado. No se crean. Yo siempre había sido muy delgado, pero la zofia había cambiado por completo mis hábitos alimenticios.

Posiblemente, mi buena labor en la delegación cojunciana de la empresa me habría proporcionado al cabo de esos tres meses primeros un destino que en otro tiempo yo hubiera considerado más apetecible y prometedor, pero, enganchado a la zofia como estaba, una vez concluido el plazo de mi estancia en Cataplasmia, fui yo mismo quien solicité permanecer en aquel puesto durante otros tres meses, los correspondientes al siguiente relevo. Supongo que Otto, mi jefe por aquel entonces, y mis más directos superiores se encogerían de hombros incrédulos ante mi inesperada petición. Pensarían que, evidentemente, hay gustos y gente para todo. Así que me concedieron

la solicitada prórroga en Cataplasmia. Imagino que algún pobre vendedor que ya se veía en mi puesto suspiró aliviado al conocer la increíble noticia. Cojuncia no era, desde luego, el destino soñado por ningún ejecutivo con futuro, pero yo, sin embargo, también respiré tranquilo. Al menos durante tres meses más podría permanecer junto a mi imprescindible y querida zofia.

Decir que era feliz en Cojuncia sería excesivo. Allí no había diversiones ni libertad de movimientos. No había nada interesante que hacer. Pero había zofia y no me importaba ninguna otra cosa. Yo era consciente de mi dependencia pero, como suele suceder en estos casos, nunca se me pasó por la cabeza la idea de liberarme de ella. Mi única alegría y la única razón para permanecer en Cataplasmia era la zofia. Así que, cuando al cabo de dos meses y medio me anunciaron que iba a ser nombrado subdirector de publicidad en nuestras oficinas centrales de mi planeta natal, Chusco, lejos de alegrarme por tan magnífica noticia que suponía tanto un ascenso en mi rápida carrera como el regreso al hogar, a mi casa y mi familia, mi cruel dependencia me forzó, no obstante, a sentir el más horroroso de los temores: ¿Qué iba a ser de mi vida sin mi zofia?

Ya les he dicho que por aquel entonces sólo había zofia en Cataplasmia. Para ser más concreto, sólo existía zofia en Cojuncia y en el exitoso local de Euménides Veri-Veri. De modo que salir del planeta significaba renunciar a la imprescindible zofia. Como yo no podía negarme a aceptar mi ascenso salvo renunciando a mi empleo, cosa que por el momento todavía no estaba dispuesto a hacer ni siquiera para conservar la zofia, mi primera medida, llena de ilusión, fue acercarme a ver al bueno de Euménides para pedirle la receta. Le aseguré que sería para mi consumo personal, ya que no pensaba hacer negocio a su costa. Pero el señor Veri-Veri, que no era en absoluto tonto, se negó en redondo. ¿Por qué razón habría de fiarse él de un extranjero que podía pisarle la idea?

Tenía motivos de sobra para desconfiar de mí. El negocio de la zofia era rentable. Aunque poco imaginaba Veri-Veri las dimensiones que dicho negocio iba a alcanzar en un futuro no muy lejano. Tras su negativa, desesperado como yo estaba por el escaso tiempo que faltaba antes de marcharme de Cojuncia, pasaron por mi mente medidas

igualmente desesperadas. No estaba dispuesto a marcharme de allí sin haberme asegurado el suministro de gachas amarillentas. Creo que llegado el caso habría sido capaz de espiar a Euménides durante la elaboración de su zofia. Si hubiera sido necesario, le habría robado su receta aunque para ello me hubiera visto forzado a emplear la violencia. O, simplemente, habría renunciado a mi prometedor futuro en la empresa y me habría quedado en Cojuncia mendigando un empleo y una dosis de zofia. Pero todo esto no fue necesario. Mi cerebro tuvo la más brillante de las ocurrencias. Quizá se trató de la primera buena idea que fue capaz de elaborar desde que estaba sobre mis hombros. La solución no era tan complicada como yo pensaba.

A Euménides Veri-Veri le preocupaba que yo pudiera chafarle el negocio. Lógica preocupación. Pero esa preocupación por el dinero podía servir muy adecuadamente a mis propósitos. Mi idea era la de proponer a Veri-Veri que me tomase por empleado. No tenía ninguna necesidad de asociarse con nadie, menos con un pelagatos como yo. Pero si quería extender su negocio y sus ganancias, lo mejor era buscarse gente de confianza que implantase sucursales por toda la galaxia. ¿Por qué no empezar por Chusco con mi ayuda? De ese modo yo me aseguraría mi ración de zofia y él sus beneficios. Conque en una nueva entrevista le planteé mi nueva idea y le propuse hacerme cargo de una franquicia de su empresa en mi mundo. Su inversión sería pequeña y yo la completaría. Firmaríamos un contrato en toda regla y yo dedicaría parte de mi tiempo a desarrollar el negocio de la zofia.

Aunque Veri-Veri se mostró al principio un tanto desconfiado, la posibilidad de ganar más dinero hizo que se le iluminaran los ojos y que, finalmente, aceptara mi propuesta. Para celebrarlo me invitó a una copa y a un plato de zofia. Me extrañó que él mismo no probara el delicioso plato que había inventado.

Claro que las cosas no fueron tan sencillas como parecían. Enseguida formalizamos nuestro trato. Mi tiempo en Cojuncia tocaba a su fin. Pero Veri-Veri no terminaba de darme su receta. Se mostraba celoso de su secreto. Dedicó mis últimos días en Cataplasmia a aleccionarme sobre el modo en que debía llevar su sucursal, sobre la decoración que quería para ella y sobre mil detalles que no incluían la preparación de la zofia, lo único de veras importante. Justo el día de mi

partida, cuando yo pensaba que Euménides Veri-Veri pensaba hacerme la jugarreta de dejarme marchar sin nada entre las manos, se presentó en mi apartamento y me entregó una hoja de papel -sí, de ese material combustible que todavía se emplea para algunos documentos oficiales- con algo escrito en clave.

-Es la receta de la zofia -me dijo al oído en un susurro misterioso, tras el cual miró desconfiado en derredor para asegurarse de que estábamos solos-. Está en clave -añadió con una sonrisa cómplice.

Quedó en enviarme la clave cuando ya estuviera instalado en Chusco. Se despidió de mí y yo me marché. Me esperaba un largo viaje hacia chusco. Confiaba, eso sí, en que la provisión de zofia que llevaba en el equipaje me alcanzara hasta que Veri-Veri me enviara la solución a su jeroglífico.

En casa todo fueron alegrías en el recibimiento. El niño volvía al hogar. Enseguida me instalé cómodamente en mi vieja habitación y comencé a trabajar en mi nuevo cargo. No sé si llegué a defraudar las expectativas que mis jefes se habían creado. No hubo tiempo para mucho. A nadie le hablé de la zofia. No quería compartir la poca que tenía hasta no asegurarme su suministro. Me puse en contacto con Veri-Veri y le pedí la clave prometida. El cojunciano pareció contento de verme, pero mi suspicacia me llevó a temer que aquella sonrisa fuera falsa. ¡Qué pesadilla horrible pensar que quizá nunca más vería la zofia! En caso extremo viajaría a Cataplasmia sólo para probarla o pediría a mi viejo compañero Rufus que me la enviase.

Pero me equivocaba. Euménides era un hombre de palabra. Al segundo día de mi llamada llegó un pequeño paquete por correo urgente. Era un nuevo papel. El que contenía la clave. Nervioso, me fui corriendo a mi habitación. Tomé la receta y la traduje. Cuando la tuve entre mis manos y la pude leer, sentí unos deseos incontenibles de vomitar. Me encerré unos minutos en el aseo y, ya más aliviado, cuando salí me fui directo al estercolero a recoger los ingredientes y prepararme una ración de zofia. Euménides no me había engañado. Mi zofia era igual de deliciosa que la suya.

Los meses siguientes pasaron en un suspiro. Monté el local. Lo abrí y, aunque durante los primeros días poca gente se atrevió a entrar

y probar aquella pasta de aspecto extraño y viscoso, pronto la clientela se hizo tan fiel y numerosa que tuve que dejar mi trabajo en la empresa para dedicarme por entero a controlar el restaurante, el personal creciente y la contabilidad.

Aquello sólo fue la primera semilla. Ahora todos conocen y aprecian la zofia. Está por todas partes. Yo me convertí en el brazo derecho de su inventor. Euménides Veri-Veri se hizo tremendamente rico. Yo, bueno, tampoco me puedo quejar. Eso sí, aunque mis ocupaciones casi no me dejan tiempo libre, la zofia prefiero seguírmela preparando yo mismo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

¿MAYO DE QUÉ AÑO?

Desde nuestra perspectiva actual, jóvenes de esa llamada generación X, supongo que por llamarla de alguna manera, puesto que si por algo se caracteriza es por no caracterizarse por nada (a no ser por las enormes colas que engrosan las listas de desempleo), desde nuestro particular punto de vista de las cosas digo, Mayo del 68 queda muy lejos. Si hiciésemos una encuesta a jóvenes entre los veinte y los treinta seguro que un gran porcentaje nos respondería algo parecido a "¿mayo de cuando...?" con una significativa mueca de desconocimiento.

¿Y qué es lo que nos ha quedado de todo aquello, treinta años después, que estaba sucediendo en nuestro vecino país? ¿Qué fue de aquellos lemas como "**la imaginación al poder**", "**bajo los adoquines, la playa**", "**haz el amor y no la guerra**" o "**Prohibido prohibir**" y tantos otros que se proclamaban en las manifestaciones de aquellos días?

Sin duda los acontecimientos de aquel 1968 se sucedieron de una manera inesperada, aunque sin duda había algo que podía hacer pensar que algo se estaba moviendo en los cimientos de la sociedad francesa. Unos meses antes fue Chile. Luego la revolucionaria Cuba. Más tarde Praga. En síntesis los sucesos de París, la revuelta estudiantil y todo lo que trajo consigo, no fue sino un intento de cambiar no sólo la sociedad de acuerdo con las tesis marxistas, sino además cambiar la vida, como había preconizado Rimbaud. ¿Porque de

qué nos sirve tanta revolución social si no es capaz de mover ni siquiera levemente las bases sobre las que se asienta nuestro cotidiano devenir?

Y os preguntareis: ¿Y cambió algo aquella algarada juvenil? Pues sí y no, todo a la vez. Quizás nuestra sociedad siga siendo una basura, donde las más atroces injusticias están a la vuelta de cualquier esquina. Quizás la política siga siendo ese cuarto oscuro donde se maquinan robos, extorsiones y hasta asesinatos. Quizás todos nosotros sigamos siendo tan insolidarios con todo lo que sucede a nuestro alrededor como lo fueron nuestros abuelos, nuestros bisabuelos, etc. Pero lo que sí ganamos aquel año fue un poco más de libertad. Porque históricamente la libertad no se gana toda de una vez, sino que hay que irla arañándola poquito a poco y este es un proceso que nos está llevando toda la vida de la humanidad. Como el pequeño ratón no podemos dejar nunca de roer pues en caso contrario nuestros dientes acabarían por ahogarnos...

¿Cómo ganamos libertad en aquella fecha? Puede que De Gaulle continuara en el poder después de toda una década, pero algo cambió en los estamentos de la sociedad francesa. La Universidad dejó de ser tan dogmática, inmovilista , rígida y hasta feudal, como lo había estado siendo en el pasado para convertirse un poco más en lo que debe ser: un foro de discusión siempre abierto a nuevas ideas, nuevos puntos de vista. Y aunque todavía queda mucho camino por andar, aquellos jóvenes del 68 nos enseñaron que si algo no nos convence, al menos debemos, estamos en la obligación de intentar cambiarlo. No debemos dejar de roer con nuestros dientes esta jaula en la que estamos encerrados.

Narciso Tuera

CARTAS AL DIRECTOR
(anónimo y ausente aún)

ME HE ENTERADO DE QUE EL MARICÓN DE NARCISITO SE HA VUELTO MÍSTICO Y AHORA SE CREE QUE ES LA HOSTIA. ¡NARCISITO, GILIPOLLAS, QUE NO ENGAÑAS A NADIE!

Sergi Lipodias

SOBRE LA DESCOMPOSICIÓN DE NUESTRA JUVENTUD Y LA SOCIEDAD EN GENERAL

Vuelvo a escribir en esta inmunda revista para proseguir con mi denuncia sobre la degradación del mundo a que asistimos en nuestros días. Ahora se habla de revoluciones. ¡Vaya tontería! Nuestra Santa Madre Iglesia siempre ha luchado contra la injusticia y la pobreza. Si en el mundo siempre ha de haber ricos y pobres, pues es algo que no se puede evitar, ¿por qué engañar a los pobres miserables convenciéndoles de que deben hacer "justicia social"? Estos revolucionarios todavía pretenden hacer pasar por maldad la misericordia de todas esas buenas familias que, sin ninguna obligación, dan limosna a los desarrapados. Es lo único que se puede hacer por ellos para aliviar sus penas. Eso y proporcionarles la fe en otra vida más feliz para todos aquellos que, con resignación cristiana, soporten las penas de este mundo a cambio de los premios del Cielo. Si al menos nos queda la fe, no la perdamos. Fijaos en mí, que nunca he perdido la fe en recuperar a mis descarriados hijos.

Ya hablé en una ocasión acerca de la triste pérdida de mis hijos, arrastrados por los espejismos que esta sociedad les mostró y que, como obra diabólica que son, los capturaron. Debo felicitarme en estos momentos porque mi Narcisito parece haber sufrido una conversión que, quizá, lo devuelva al redil de la Fe Verdadera. Rezo todos los días por que esto ocurra.

Y hablando de fe a ella quiero referirme. ¿Cómo pretendemos ningún tipo de salvación si carecemos de fe? No basta con una fe cualquiera, ha de ser la verdadera, la de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, la de nuestros mayores. ¿A qué vienen esas ideas de revolución? ¿A qué tantos vientos de cambio? Si el mundo se dirige derecho a la perdición la única solución es volver a los valores tradicionales, los valores santos que orientaron durante siglos a nuestros antepasados. En ellos está la salvación y no en todas estas supercherías tecnológicas e ideológicas que nos llegan desde el exterior y que, sin más, aceptamos alegremente como buenas. Incluso la propia Iglesia tuvo mediado este siglo algunos años de duda en los

que parecía que se iba a dejar llevar por el signo de los tiempos. Pero, por fortuna, reaccionó a tiempo y volvió sobre sus pasos para ser otra vez el viejo remanso de paz que siempre ha supuesto para todos los creyentes, aquel lugar donde los valores son claros y buenos y sirven de orientación para la juventud que, de otro modo, se descarriaría como mi muy querida Euforia.

Por eso padres, hacedme caso. Jóvenes, no desoigáis mis consejos. Abuelos, transmitid a vuestros hijos el espíritu. La fe en la inconmovible roca de Pedro nunca debería ser quebrantada. En ella está la paz. Fuera de ella todo lo malo y pernicioso. Es fácil dejarse arrastrar por la degradación de los tiempos, pero manteneos firmes, inquebrantables en los valores tradicionales que han regido con mano sabia y firme los destinos de cientos de generaciones felices en el amor de la Iglesia.

Fulgencia Iconoclasia Martín-López-Núñez
(marquesa de Porras y viuda de De Lego)

INDONESIA: MAYO DEL 98

Cuando una se pone a pensar en la de cosas que le gustaría cambiar en el mundo puede que se tope con la realidad. Lo digo porque aquí en los países ricos estamos acostumbrados a quejarnos de muchas cosas que nos parecen obvias y necesarias. Pedimos y exigimos todo tipo de libertades. Pueden ser justas o no. Pero resulta que otros no pueden ni pedir libertades. Ni soñarlas. Ni saben de su existencia.

Un ejemplo: Indonesia por estas fechas. Nos estamos acostumbrando a pensar en Oriente como un lugar exótico donde la gente trabaja mucho y cada vez se hacen más ricos en comparación con los vagos de Occidente. Y no nos damos cuenta de que esta imagen es falsa. Es completamente falsa. Porque en la mayoría de los países de Extremo Oriente hay más penurias que otra cosa.

Y si no mirad las noticias. Mirad a estos pobres indonesios que trabajan como burros y no tienen libertad porque los gobierna una especie de general llamado Suharto o algo así. Y tampoco tienen tanto dinero. Y, de repente, resulta que su economía va fatal y el pueblo, que no disfrutaba antes de las cosas que fabricaban, que se exportan casi

todas, ahora tiene que pagar los platos rotos por sus gobernantes que son los que toman todas las decisiones.

Así que no es raro que cada vez haya más indonesios que han dicho "basta ya" y han salido a la calle a pedir pan, derechos y libertad, aunque les cueste la vida o una paliza. Mientras aquí en Occidente nos quejamos de cualquier cosa. Aunque nos parezcan justas nuestras quejas parece casi quejarse de vicio con la de problemones que hay en otros sitios. Y viendo las noticias de Indonesia, un país que ni conozco ni sé cómo viven, me da un poco de pena esa gente que empieza su particular primavera pidiendo derechos que a nosotros nos parecen de lo más normal.

No creo que yo sea una persona especialmente sensible o cualificada para juzgar asuntos de política o economía de países lejanos. Pero sí sé que allí hay personas como tú y como yo, que tienen derecho a querer vivir mejor.

Paz

LOS BAILES DEL PODER

El Sr. Presidente del gobierno va a inaugurar el Gran Baile Anual. Lo hace con un pasodoble marcial titulado "Mis dos cojones", obra escrita para la ocasión por Edelmiro Ruipérez, compositor y pelota oficial, con el fin de resaltar las virtudes y grandes dotes de liderazgo de nuestro primer ministro.

A continuación, y para que no haya malos entendidos, el Sr. Presidente invita al Jefe de la Oposición a bailar un ritmo alegre y desenfadado: el famoso merengue de título "Quiero y no puedo", pieza que ambos danzarines interpretan con suma ligereza y virtuosismo.

Seguidamente llega el cardenal Chichones, representante de la iglesia y, como con la iglesia hemos topado, el Sr.Presidente, con sumo recato, se abraza a la púrpura de Chichones mientras la orquesta comienza a desgranar las notas de la hermosa copla "La rebién pagá".

La pieza es breve pues el sacerdote no puede mantener el ritmo, de modo que se retira al comenzar la marcha del "Cascamorros", momento en el cual el Sr.Presidente comienza a dar vueltas cogido a las medallas del general Coscorrón.

Después, casi sin pausa, se suelta del Ejército y, aprovechando la alegre melodía del vals "El corro de los buitres" el Sr.Presidente comienza a girar sobre sí mismo emparejándose sucesivamente con todos los miembros de la oposición a los cuales dedica guiños y besos lascivos.

Por último, ya agotado, el Sr.Presidente se abraza a los representantes de las Potencias Extranjeras para marcarse un Corro de la Patata Internacional que sirve para que todos se sientan unidos e identificados en el poder.

Terminado el baile, el Sr.Presidente toma asiento ante la mesa dispuesto a devorar la cena que se sirve mientras varios Empresarios Famosos y Forrados lo abanican y le susurran cantos de sirenas y estribillos de blues.

Nikito Nipongo

UN APUNTE DEL PRIMER MUNDO

Sois todos unos mierdas y unos cobardes. No os atrevéis a aceptar que no servís para nada y pensáis que es responsabilidad del resto del mundo el salvaros y favorecer la transmisión de todos vuestros genes a las siguientes generaciones para llenar el planeta de más mierda. Pensáis que el cerebro o la bondad pueden ser más importantes que la raza. Yo os niego y los míos también lo hacen. No tenéis derecho a vivir ni a exigir de la sociedad que os ayude. Si no servís para nada lo mejor es que seáis eliminados. Lo mejor para todos, incluidos vosotros mismos. No podemos permitirnos mantener a inútiles como vosotros. El mundo es muy duro y ya deberíais saberlo. Aquí nadie os va a regalar nada. Al menos eso no debería ocurrir, aunque siempre hay gilipollas que piden igualdad y tonterías de ésas sin ningún sentido.

Sólo la raza Aria ha aportado soluciones al mundo. Todas las aportaciones son nuestras. También el futuro es nuestro, así que tenemos perfecto derecho a eliminaros de él, de nuestro futuro. Las cosas son así. No me duele deciros lo siguiente: sois mierda y en mierda os convertiréis. Os vais a ir todos a tomar por saco. Ésa es la única revolución que os espera.

Sisebuto Hitlerín Francolini

NOTA: La redacción no se hace responsable de las opiniones de Sisebuto. Hemos puesto su carta por pura lástima. Sabemos que lleva varios años (desde que en un partido del Real Madrid acudió con los Ultra Sur a "animar" a los suyos y sufrió una diarrea cerebral) encerrado en un hospital psiquiátrico. Es un pobre hombre babeante e inofensivo y siempre (incluso antes de su accidente) fue un desgraciado con un enorme complejo de inferioridad. Por favor, no le hagáis caso. Publicar su carta ha sido nuestra buena obra del día, pero está claro que lo que dice son, exclusivamente, gilipolleces.

EPÍLOGO

A estas alturas ya parece difícil comenzar un epílogo decente para esta revista y rellenarlo con ideas sugerentes que no se hayan repetido una y mil veces anteriormente.

Como no queremos ser reiterativos no repetiremos ideas. Simplemente certificaremos nuestro compromiso. Creemos que este mundo no es perfecto y que necesita de cambios profundos. El hecho de que uno no posea la solución universal -que quizá no exista, como es muy probable que suceda- no justifica mantener una situación indeseable. Es prerrogativa del hombre soñar y, en cuanto que soñador, buscar la felicidad. Si el mundo ha de ser cambiado hagámoslo. Hoy o mañana. Pero apoyemos el cambio con nuestros corazones que son, sin duda, lo primero que hemos de cambiar para mejorar el mundo.

Los jóvenes del 68 lo intentaron. Algunos piensan que fracasaron. ¿Fracasaron? No lo creemos. Pero ahora que muchos de aquéllos -no todos- se han resignado o han sido vencidos, retomemos su testigo. Cambiemos el mundo. Sólo depende de nuestra voluntad. El cambio era deseable y posible en el 68, ¿acaso los jóvenes del 98 no somos capaces de intentarlo también? Somos capaces. Debemos hacerlo. ¿O les diremos a nuestros hijos que el mundo que les damos en herencia era perfecto y por eso se lo entregamos igual que lo recibimos?

EL PUNTO Y FINAL

Como de costumbre damos las gracias a todos nuestros colaboradores. Tanto a los habituales como a aquellos que de forma esporádica o como primerizos se aventuran a aparecer en nuestras páginas. No es necesario ser revolucionario para figurar en nuestra revista, ni siquiera en un número como éste. Pero sí es necesario un cierto valor o, cuando menos, ser un poco desvergonzado para atreverse a mezclar las ideas propias con los pensamientos de unos impresentables como nosotros.

Gracias, por tanto, a: Carmen Montero, Narciso Tuera, Maximiliano Mariblanca, Alfonso Ossorio, Miguel Ángel Valero, *The red pirate*, Paz, a Eva Segura (por su portada) y a Adela Salas (por su costumbrista -y antirrevolucionaria- contraportada). Casi sentimos deseos de saludar también a nuestros alter-egos que cada vez adquieren mayor vida propia. Gracias también a ellos, pues. ¿Por qué no?

Seguiremos dando la vara como siempre, aunque nuestro ritmo de molestar conciencias y reposos se ha vuelto más lento y pausado, como habéis podido comprobar. ¡Volveremos! Tened por seguro que cumpliremos nuestra amenaza.

Nada más. Por favor, seguid participando. No nos dejéis solos con nuestras neuras. Compartid, aunque sólo sea de rebote, nuestra culpa por publicar este engendro. Enviad vuestras colaboraciones a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si queréis, bajad las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es